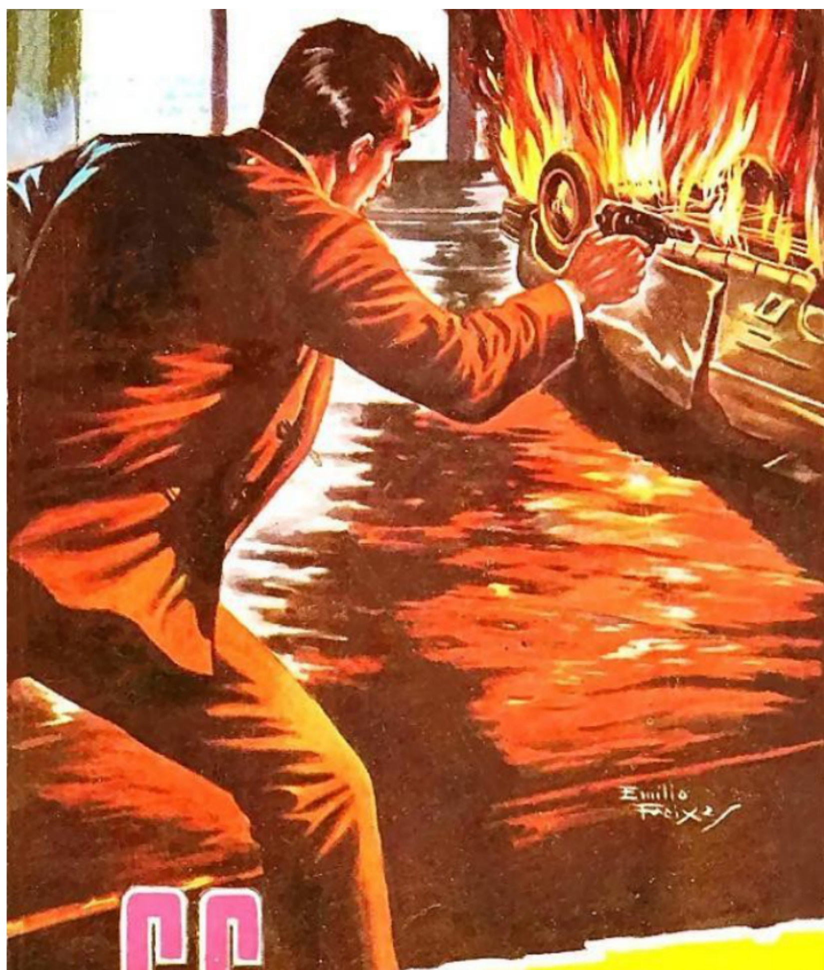

Emilio Freixas
SS
SERVICIO SECRETO
ALF REGALDIE
EL HAMPA SE ENFRENTA

ALF REGALDIE

EL HAMPA SE ENFRENTA

1.ª EDICIÓN
NOVBRE. - 1959



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 11840-1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona - 1959

EL HAMPA SE ENFRENTA

POR

ALF REGALDIE



CAPÍTULO PRIMERO

Los maravillosos ojos claros de Lya Wren se posaron con expresión humorística en Clayton Wolf, que se había levantado de su asiento y que paseaba arriba y abajo.

La joven pidió con acento suplicante:

—Sé bueno, Clay, y cuéntame algo. Tengo perfecto derecho a escribir mi libro, ¿lo entiendes?

—Me parece bien que lo escribas, pero no te metas en algo que no conoces y que indudablemente es terrible…

—Pero…

—Escribe cuentos infantiles, que es lo tuyo…

La sonrisa de Lya reflejó alegre malicia.

—¿Tú qué sabes? Soy ya una mujer. He cumplido los veintiún años…

Clayton expresó, burlón:

—¡Una mujer cargada de experiencia! ¿No es eso? ¡Vete al…!

Interrumpió su exclamación un tanto intemperante y dijo señalando la cabellera pelirroja de ella, de un color de cobre bien pulido y que llevaba corta y graciosamente rizada.

—¡Aún no hace mucho que te tiraba de las trenzas!

—¿No hace mucho? ¡Pues hace nada menos que siete años! ¿Qué te has creído?

Wolf miró a Lya con expresión que reflejaba una sorpresa real.

—¿Siete años? ¿Tanto tiempo? ¿Es posible?

Lya se ahuecó el pelo con sus dedos finos, sensitivos, bien cuidados, cuyas uñas laqueadas jugaron graciosamente entre los reflejos de la cabellera.

Al realizar tal movimiento quedó de relieve su pecho no abundante, un tanto agresivo, magníficamente moldeado.

Wolf apreció sin querer, en un momento, todos aquellos detalles.

Y señaló para las maravillosas piernas de la muchacha.

—¿Por qué diablos no os hacéis las faldas un poco más largas?

La linda joven se ruborizó levemente y se sintió íntimamente satisfecha de que Wolf se hubiese sobresaltado al fijarse, seguramente por primera vez, en sus piernas de mujer.

Se estiró ella de la falda en un vano intento de que quedase ésta por debajo de las rodillas.

—Compréndelo, Clay. Libros de cuentos infantiles hay muchos. Pero eso es lo de menos. ¡Yo no me siento capaz de escribirlos! Lo que yo siento es lo otro.

—Y yo estoy sintiendo ganas de darte un par de azotes para que me dejes en paz, muñeca.

—Quiero tratar ese asunto de una forma aleccionadora y terrible a la vez. ¡Es necesario! ¿No lo comprendes? ¿Tú sabes el daño que está haciendo la marihuana y todas esas porquerías entre la juventud estudiantil?

Wolf fingió asombro.

—¿Qué me dices?

—¡No te burles!

—¡Déjame tranquilo, muñeca, y haz lo, que te digo!

Lya, irritada y decepcionada, se puso de pie, irguiéndose desafiadora delante de Clayton, poniendo de relieve la maravilla de su figura.

—¡Está bien, viejo gruñón! ¡Me pasaré sin ti como he podido pasar hasta ahora! ¿Qué te crees? ¡Pero lo haré, escribiré sobre eso y no compartirás mi triunfo ni te citaré, para nada, en mi libro!

—¡Está bien! ¡Lárgate de una vez! ¡Tengo que descansar! ¿Lo entiendes?

—¡Ya me voy! ¡Monstruo!

Lo dijo alargando el cuello, signo de que estaba realmente enfadada, como lo era también el calificativo que le había aplicado a Clay, y que se lo había aplicado frecuentemente de muchacha, cuando él le tiraba de las trenzas.

El timbre del teléfono puso fin a la discusión por el momento.

Lya sintió impulsos de tomar ella el auricular por si cazaba algo.

Clay adivinó su intención y se le adelantó.

—Dígame…

A oídos de Lya llegaba el retumbar de las palabras en el teléfono, dando la sensación de que se trataba de pequeñas

explosiones.

Examinó el gesto de Clay que reflejó cierta alarma hasta que advirtió que ella observaba, por lo que se cubrió entonces con la máscara de la impasibilidad.

—Sí, señor…

—¿Algo importante, Clay? —preguntó Lya acercándose.

—¡Déjame en paz!

La exclamación fue expresada en voz baja, apartándose un tanto del microauricular para volver a él.

—Sí, señor. Voy para ahí enseguida.

Lya contempló a su amigo, joven, aunque no tanto como ella.

Lo había considerado siempre como a un hermano mayor, menos en los últimos tiempos en que pensaba que, como hombre, resultaba maravilloso.

Y sentíase satisfecha al darse cuenta de que él, por primera vez, reparaba en ella como mujer.

Tras las últimas palabras, Clay colgó el auricular y acudió inmediatamente al espejo para arreglarse el nudo de la corbata que había aflojado al llegar a casa.

Lya lo siguió en sus movimientos.

—¡Apuesto a que se trata de algo importante!

—Muy importante. Se le ha roto una cañería al jefe y quiere que se la arregle.

—¿Te has hecho fontanero a estas alturas? —preguntó con graciosa picardía.

—¡Sííí!

—En el fondo, me es igual.

—Y a mí, también.

—¿Es cierto que te gusto, Clay?

El joven sintió como si se le atragantase algo y se volvió, reflejando alarma en su semblante.

Lya rió divertida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me lo has dicho antes.

—No recuerdo tal cosa…

—Bien. No me lo has dicho con palabras, pero las miradas a veces dicen mucho más…

—Y las manos —expresó él irónico—. ¿No te has fijado en lo

que dicen las manos?

—Lo he estudiado también. Es tal vez la parte de nuestro cuerpo que mejor refleja nuestro estado de ánimo —respondió ella como quién se tiene bien sabida la lección.

—Veremos si entiendes lo que van a decir mis manos…

Antes de que ella pudiese imaginar lo que se le venía encima, Clay la atenazó con la diestra por la parte posterior del cuello y con la izquierda por uno de los hombros.

Sus dedos fueron como tenazas que hicieron gritar a Lya:

—¡Suelta, monstruo! ¡Me haces daño!

La obligó a marchar como un muñeco, delante de él; y al llegar a la puerta del apartamento, la abrió con la izquierda.

Y luego lanzó fuera a Lya sin demasiado miramiento, cerrando a continuación rápidamente.

Se revolvió ella como una pequeña furia, golpeando en la puerta con los puños hasta que se hizo daño.

Luego hizo sonar el timbre, pensando que ensordecería a Clay.

Cuando se convenció de que no la hacía caso, hizo un gesto característico en ella, le sacó la lengua y tomó el ascensor que la depositó en la planta baja del edificio.

Cruzó la acera con paso ágil, escuchó varios silbidos de admiración que le dedicaron algunos jóvenes a los que no hizo caso y tomó asiento al volante de su pequeño coche rojo.

—¡Ya bajará y de la calle no me podrá echar! ¡Esto no se lo perdonaré jamás, monstruo más que monstruo!

Se acarició los lugares en que los dedos de él la habían aprisionado como tenazas.

—Me habrá dejado marca. ¡Es un salvaje, lo fue siempre!

Entornó los ojos y trató de adivinar lo que él estaría haciendo en aquel momento.

Clayton Wolf había vuelto frente al espejo, se había arreglado el nudo de la corbata, había bajado y abrochado los puños de la camisa y se había puesto después la americana.

Al echar un vistazo al espejo le pareció ver reflejada en la luna la cara de Lya y se sorprendió pensando que tal vez le gustaba como mujer y que había experimentado una emoción inexplicable cuando la había llevado del cuello.

—Será mucho mejor si no la vuelvo a tocar —murmuró dando

un tirón de la americana y pasando a continuación un peine por sus negros y ensortijados cabellos.

De un cajón tomó su pistola, una «German Luger» que guardó en la funda sobaquera.

Su madre apareció, saliendo del interior del pequeño apartamento.

—Pero ¿no ibas a descansar?

—Sí, pero me han llamado.

—¿No estaba Lya contigo? ¿Qué eran esos timbrazos?

—Sí. Se ha tenido que ir rápidamente. Me ha rogado que la despidiese de ti. Y fue ella quien tocó por broma.

—¿Vendrás a cenar?

—Puede que sí y puede que no. ¿Quién lo sabe, madre? Hasta pronto.

Dio un beso a su madre, la cual lo acompañó hasta la puerta del apartamento, cerrándola a sus espaldas con bastante más dulzura de la empleada por él después de echar a Lya.

Una vez Clay en la calle, fingió no ver el pequeño automóvil rojo y menos aún las señas que ella le hacía ofreciéndole un asiento.

Cuando vio que ella avanzaba para recogerlo, divisó un autobús, corrió y lo alcanzó.

Y desde la plataforma trasera hizo un gráfico gesto de burla a la desencantada pelirroja.

El intendente Geyer hizo pasar a Clayton Wolf tan pronto como le anunciaron su visita.

—Sé que está usted cansado, Wolf. Pero usted está entrenado ya en casos de este tipo.

—No hay más que hablar, señor. ¿De qué se trata? Geyer tendió una fotografía a Clay.

Representaba a una mujer vistosa, de unos cuarenta años, sugestiva aún, vestida con lujo estridente.

—¿La conocía?

—No. ¿Quiere decir que ha muerto?

—Está en el depósito… La han defenestrado.

—¡Bestias!

—Es lo que he pensado yo cuando la he visto. Estaba destrozada.

—¿Qué sabe de ella?

—Varias cosas. Se llamaba Martha Hollen y era madre de Lois

Carter.

—¿De la joven Lois Carter? ¿La que condenaron hace poco por uso de marihuana?

—La misma.

—¿Cómo es que no apareció la madre durante el asunto?

—La hija vivía aparte y no la nombró para nada. Puede que estuviese avergonzada de ella, puede que no.

—¿Quiere decir que Martha llevaba una vida poco edificante?

—Exactamente eso. Entre otras cosas, aunque jamás se la pilló en ello, existe el convencimiento de que repartía marihuana y que tenía una buena clientela.

—¿De qué tipo?

—Hombres y mujeres maduros en su mayoría y de buena posición. Gente influyente. Parece que ella no se quería complicar la vida.

—Pero al final se la han complicado. Han estado en su casa, ¿no es eso?

—Sí. Estaba todo revuelto, como si hubiese pasado por allí un ciclón.

—Un ciclón que la lanzó a ella por la ventana.

—Exactamente. Ni una sola huella.

—Era de suponer. La gente sabe «trabajar». No deja tarjeta —expresó Clay con ironía.

Geyer tendió otra fotografía a Wolf.

Representaba a un hombre relativamente joven, de facciones que reflejaban inteligencia y un carácter tenaz.

—¿Lo conoce?

El joven agente palideció levemente antes de responder:

—Sí. Lou Hummers, periodista.

—Exactamente. Treinta y cinco años. Todo un brillante porvenir truncado.

—¿Le han dado también el pasaporte?

—No. Pero lo han dejado ciego.

—¿Vitriolo?

—Lo ha adivinado.

—¿Sin esperanza?

—Ninguna. Ha sido algo horrible. Lo he visto cuando lo curaban. Su rostro será en adelante el de un monstruo.

Wolf se estremeció pensando en que no hacía mucho que Lya le había llamado monstruo a él. A pesar de que distaba mucho de parecer nada semejante.

«Pero ¿quién sabe? Me podría suceder también…»

—¿En qué piensa, Wolf?

—En Hummers. Animoso, valiente… Tiene solamente cinco años más que yo…

—Sé que estuvieron juntos en Corea.

—Fue un buen jefe para mí. ¿No se sabe nada de quién le puede haber hecho la faena?

—Nada en absoluto.

—¿Está relacionada con la de Martha Hollen?

—Puede…

—¿Qué le hace pensar en tal cosa?

—Me ha dicho que Martha Hollen le había llamado, citándolo.

Wolf se cogió a los brazos del sillón y se levantó lentamente, alargando el cuello.

—¿Qué…?

Alargó la sílaba.

—Lo que le he dicho. Caben dos cosas —dijo Geyer—. Que ella le citase en plan de tenderle una trampa…

—Es como para tenerlo en cuenta. ¿Ha sucedido cerca de la casa de ella?

—Sí. En el aparcamiento de automóviles más próximo a la casa, en el momento en que él había dejado su coche y se dirigía a la casa de ella.

—¿Su otra idea? —pidió Wolf.

—La que se le habrá ocurrido también a usted. Que ella le llamase para decirle algo y que los otros hayan acometido la doble acción para evitar que hablasen y se pusieran de acuerdo.

—Sí, es lo que he pensado. Precisamente Lou Hummers se ha distinguido atacando a los que trafican con estupefacientes y últimamente ha hecho denuncias muy concretas y señalado pistas sumamente interesantes —dijo Wolf.

Geyer juntó los dedos de ambas manos, haciendo presión con ellos, y expresó:

—Es cuanto puedo decirle por el momento. Le pido que se lance cuanto antes, cuando los hechos están frescos aún.

—¿Has visto a Lois Carter?

—¿La hija de Martha Hollen? No. Lo he dejado para usted. Conviene no molestarla demasiado y ella siempre recibirá con más agrado la visita de un joven como usted que la de un viejo cascarrabias.

Wolf, recordando de nuevo a Lya, expresó:

—Hay chica que me considera un monstruo y un viejo gruñón.

—¿Muy chica? —preguntó Geyer en tono de humor, Wolf se encogió de hombros.

—Creo que me ha dicho veintiún años, aunque dudo que los haya cumplido.

—Entonces vaya con cuidado. Es posible que ella se haya propuesto que usted pierda la libertad.

—¿Quién sabe?

—Y cuando una mujer de esa edad se propone algo semejante, hay que resignarse o irse a vivir a los antípodas.

Rió Wolf de buena gana.

—Lo malo es que dándome ahora este trabajo, no tendré ocasión de irme.

—Entonces le tocará resignarse. Si no tiene otro mejor, cuente conmigo para ser su padrino de boda.

—Gracias, señor.

—¿Empieza ya?

—Ahora mismo. Anotaré la dirección de Martha Hollen y daré una vuelta por allí. Eso será rutina pura. Y luego, ya veremos.

Se disponía a marchar Wolf, cuando sonó el timbre del teléfono.

Geyer tomó el auricular en su diestra.

—Geyer al aparato.

Escuchó el intendente lo que le decían y alargó el receptor a Wolf.

—Es para usted.

—Wolf al habla —dijo el joven.

Una voz femenina, bien conocida de él, contestó:

—¿Sabes que tienes una voz muy microfónica?

—¡Al diablo…!

Se disponía a colgar sin aguardar a más, pero la voz femenina gritó:

—¡Espera! ¡Es muy importante, viejo gruñón!

—A ver eso tan importante.

—Me he enterado que han lanzado a Martha Hollen por una ventana. Lois Carter y yo hemos sido compañeras de colegio. ¿No quieres venir conmigo a verla? Puede ser interesante…

Adivinaba en las inflexiones de la voz que estaba de buen humor y que se consideraba una pieza importante en el asunto.

—Has progresado mucho, muñeca. ¿Quieres otra información?

—Ya es hora de que te empieces a soltar conmigo.

—A Lou Hummers lo han dejado ciego con vitriolo. Él, seguramente, trataba de saber algo, porque entraba en sus funciones. Era un hombre curtido. ¿Imaginas lo que puede suceder a una niña entremetida?

—Me has decepcionado, Clay. Eso lo sabía. Y también, he imaginado que se pueda tratar de una venganza. He, pensado que una cosa puede estar ligada con la otra.

—¡Eres muy lista!

—Me gustaría ir contigo. Me asedian los chicos, pero ninguno es como tú.

—¿No me consideras un monstruo?

—Eso es para disimular. Y no creo que tengas tú tampoco muchas ocasiones de ir con chicas como yo.

Wolf y Geyer cambiaron una mirada significativa.

Geyer, divertido, dijo:

—Resignación.

—Está bien, muñeca. ¿Dónde me aguardas?

—Tú, sal, que ya me encontrarás. En mi coche iremos mucho más pronto que si tomas el ómnibus.

—De acuerdo. Hasta ahora mismo.

Colgó el aparato.

—¿Piensa ir con ella? —preguntó Geyer.

—Cuando sea mayorcita —respondió Wolf con soma.

—Ella le esperará.

—Buena ocupación para una linda muchachita. Me escurriré por la puerta trasera…

—Suerte.

—Gracias, señor.

CAPÍTULO II

Cuando Clayton Wolf dejó el autobús a escasa distancia de la puerta del reformatorio donde se hallaba recluida Lois Carter desde hacía unos días, dio un respingo.

El automóvil rojo de Lya se hallaba aparcado cerca y la joven aguardaba al volante del mismo, mirando con resignada expresión en dirección a la parada del autobús.

Al apearse Clay, abandonó ella el coche y salió a su encuentro.

—¡Hola, simpático! Encantada de volver a verte.

—Creo conocerla, jovencita. ¿De qué?

—Las faldas cortas, ¿no recuerdas?

Giró graciosamente para que la viese.

—He estado en contacto por teléfono con Lois. Nos espera. Conoce ya lo de su madre.

—¿«Nos» espera?

—¡Naturalmente! ¿No dijiste que te aguardase?

—Sííí.

—Yo sabía que me encontrarías. Eres un chico listo. Lo mejor que he conocido.

Se separó de él un par de yardas como para verlo mejor, entornó los ojos y suspiró con expresión humorística.

—¡Eres un magnífico tipo! Cualquier muchacha me envidiaría. Hermosa cabeza, expresión inteligente… Un poco de orgullo, pero eso no se nota a primera vista.

—Testarudo.

—Pero tampoco se nota —admitió ella, humorísticamente.

—¿Algo más?

—Uno ochenta y cinco de estatura, tipo atlético, elástico, sin pesadez.

—Eso de la pesadez ha quedado para cierta aprendiza de escritora.

Lya movió la cabeza.

—No me defraudes, por favor.

Suspiró a continuación y expresó con graciosa malicia:

—Debe constituir una delicia sentirse abrazada, pero de verdad, por esos brazos de atleta.

—Eres una maravilla de ingenuidad, muñeca.

—Estaba soñando. ¿Vamos? Cuidadito con Lois. Es más linda que su madre y bastante más distinguida.

—¿Conocías a la madre?

—La había visto más de una vez. Un poco chabacana, pero no tenía mal fondo.

—¿No se entendían madre e hija?

—¿Y quién puede saberlo? La madre deseaba que la hija ignorase su pasado y posiblemente también su presente.

—Era lógico que la quisiese apartar de su vida si no quería renunciar a esa vida irregular que llevaba.

—Lo malo es que Lois se sentía sola y por eso buscó el consuelo de la marihuana. ¡No hay como un hogar bien constituido, Clay! Cada uno se encuentra en su sitio.

—¡Sería maravilloso que cada uno se encontrase en su sitio!

—Hay que crear nuevos hogares, Clay. ¿Es algo malo que una muchacha procure por el hombre que considera ideal para el suyo?

—No.

Lya volvió a suspirar.

—Me tranquilizas. ¿Vamos para dentro?

—Vamos.

No hubieron de esperar mucho rato a Lois Carter, una linda rubia muy parecida a su madre, aunque mucho más distinguida.

Las dos compañeras de colegio se abrazaron y Lya presentó a Clayton.

—Es un viejo amigo de quien te hablé en alguna ocasión.

—Creo recordar. El que te tiraba de las trenzas.

—¡Exactamente! Quiere hablar contigo. Yo quería verte y me ofrecí a acompañarle.

La sonrisa de Lois Carter era triste; pero la joven no parecía haber perdido el sentido del humor.

—Te sacrificaste, ¿no es eso?

—No puedo decirte que sí delante de él, porque es un viejo

gruñón. Bien, ¡siento mucho lo sucedido!

—Ha sido un duro golpe, Lya. Aunque siempre temí que podía suceder algo así. Tardé en comprender los motivos por los que mi madre me apartaba de su vida, pero cuando pude saber algo…

Sonrió tristemente y dijo dirigiéndose a Wolf:

—Es duro no poder estar orgullosa una de su madre. Aunque ella no era mala, ¿sabe?

—Lo sé. ¿Le ha dicho Lya lo que represento?

Lois afirmó con el ademán.

—¿En qué puedo servirle?

—No quisiera reavivar en usted recuerdos dolorosos; pero es necesario descubrir a los asesinos de su madre.

—Comprendo que sea así, aun cuando ella, la pobre… Hable sin reparo, señor Wolf.

El joven dirigió una mirada a Lya, que parecía ávida de todo lo que se pudiese decir.

—Cuando la recluyeron aquí por lo suyo, se negó a decir quién le facilitaba la droga.

—Dije lo que sabía. Si me lo hubiesen puesto delante, tal vez lo habría reconocido…

—¿Tal vez?

—Era siempre el mismo, estoy segura, pero cada vez parecía diferente.

—¿Cómo se veían?

—Ya lo dije. Aparecía cuando menos lo podía esperar. Yo debía llevar encima siempre el dinero recaudado.

—¿Por qué repartía usted la droga entre sus condiscípulos?

—Mi madre no me daba dinero para poderla pagar y yo tenía que hacer aquello para poder tenerla. Si le hubiese pedido más dinero a mi madre, habría sospechado.

—¿Era tacaña con usted?

—No. Pero ella pagaba directamente todo lo que yo necesitaba. Mis gastos estaban controlados, hasta el mínimo capricho, que jamás me negó, si estaba dentro de lo normal.

—Comprendo. ¿Puede describirme al tipo que le suministraba la droga?

—Lo describí varias veces.

—Estudié todo eso. Pero sus descripciones difieren mucho unas

de otras.

—Ya le he dicho que lo veía cada vez de una manera diferente.

—No me quiere ayudar, señorita Carter.

Lois dio la sensación de que trataba de hacer un esfuerzo mental. Se retorció las manos y dijo al fin:

—Haré un esfuerzo. Ahora, pasado el aturdimiento de aquellos días, parece que lo veo todo más claro…

Tras aquellas palabras, hizo una descripción cuyos rasgos esenciales fue anotando Clay.

Cuando Lois hubo terminado, preguntó el joven:

—¿Tiene inconveniente en que vuelva cualquier otro día?

—Ningún inconveniente.

—Le volveré a pedir la descripción de este tipo.

—Puede hacerlo. No me molestará. Puede que me equivoque, pero le aseguro que seré sincera. Lo he sido en todo momento.

—Gracias. ¿Quiere decirme dónde y cómo se le aparecía ese hombre con más frecuencia?

Con visible esfuerzo, Lois fue dando datos, que Clayton anotó cuidadosamente.

—Cuando vuelva otra vez, posiblemente habré recordado más. Anotaré lo que sea. La memoria me falla aún bastante.

—Gracias por todo, señorita Lois. Siento lo sucedido y espero que su curación sea rápida y total.

—Gracias. Hasta cuando ustedes quieran…

Ya en la calle, preguntó Lya:

—¿Crees que podrás encontrar a ese sujeto?

—No estoy muy seguro. Pero no debo desperdiciar nada.

—A ella le enseñaron un montón de fotografías.

—Lo sé. Pero puede que él no haya caído jamás, que no esté fichado. Tal vez con ayuda de sus descripciones, nuestros dibujantes logren realizar un retrato de él.

—¡Creo que triunfarás, Clay!

—No lo dudo, y mucho menos, contando con tu ayuda — aseguró irónico.

—¡No te burles!

Lo cogió del brazo, haciéndole sentir la tibieza de su cuerpo y caminaron hacia el pequeño coche rojo.

—¿Por qué le has preguntado lo otro?

—¡Hay que preguntar cosas, Lya! Tal vez entre todas se encuentre una pista. Recorreremos los lugares que ese tipo ha frecuentado, en particular, si hay una zona preferida por él…

—¡Eso es magnífico! Estoy segura de que no tardará en caer…

Habían llegado al automóvil, en el cual se instalaron.

Al tomar Lya el volante, se desprendió de él un papel plegado que le quedó en la mano. Lo iba a tirar, pero lo pensó mejor y lo desplegó.

—¿Qué clase de broma es ésta? —preguntó al leerlo—. ¿De qué se trata?

—¡Haz el disimulado! ¡Esto es cosa tuya! ¡Toma!

Lya plantó el papel debajo de las narices de Clayton, quien lo tomó en sus manos y leyó en voz alta:

> «Es peligroso meter las narices en este asunto. Hummers ha podido saber bien. Preguntadle y veréis».

—¡Divertidísimo!

—¿Quieres decir que no es tuyo?

—¿Cuándo crees que lo pude poner? Antes no me he acercado al automóvil para nada y ahora no he tenido ocasión. Además, no he tenido tiempo de prepararlo. No pude imaginar que te encontraría aquí.

—¿Esas tenemos? Yo te dije que me encontrarías, aunque no te dije dónde. ¿Es que dudaste de mis palabras?

Clayton guardó el papel.

—No creas que eso me ha dado miedo —aseguró Lya poniendo el coche en marcha.

—A mí sí.

—Allá tú —expresó ella—. ¿No se te ocurre preguntar nada a ningún guardia, por si ha visto algo?

—No. Tengo muy poca imaginación.

—¿Por qué crees que hay una relación entre lo de Martha Hollen y lo de Hummers?

—No he dicho nada de eso.

—Me pareció entendértelo —expresó con desenfado, esquivando un coche con un golpe de volante para pasar otro.

Al hacerlo, silbó Lya una tonadilla que despertó ciertos recuerdos en Wolf.

—¿Dónde aprendiste eso?

—El hombre que me enseñó a conducir lo silbaba siempre en momentos de emoción o peligro y yo me acostumbré a lo mismo.

—Muy interesante. ¿Dónde se podría encontrar a ese hombre?

—¿Estás chiflado?

—No. Pero me agradaría charlar un rato con él para que me enseñara a esquivar el peligro silbando.

—¿Te burlas?

—No.

—Antes de separamos te daré el nombre de la agencia donde estaba él, pero de esto hace tres años aproximadamente.

—Puede que esté aún allí —dijo Wolf.

—Has desviado la conversación del derrotero por dónde yo iba.

—Pues vuelve a él si te interesa. Yo no me opongo.

—¿No crees que Martha Hollen pudo haber llamado a Hummers para revelarle cosas?

—¿Por qué piensas eso?

—Ya has oído algo de ella. Cuidaba mucho de su hija. Y posiblemente estaba desesperada al saber que había sido víctima de la marihuana.

—Eres una chica lista, no hay duda. Si no estuviese escrito ya, creo que escribirías una «Caperucita Roja».

—Estás inaguantable hoy. Comprendo que quieres librarte de mí.

—Realmente, tengo trabajo. Algún día libre, puede que piense en ti como mujer y te invite a bailar.

—¡Eres un verdadero encanto! ¿A dónde quieres ir? ¿Dónde te dejo?

—Lo más cerca posible de «Mulberry Bend».

—¿Crees que los italianos te pueden dar solución al problema?

—¿Por qué no? La «maffia» trabaja.

Se acercaron a la Primera Avenida procedentes de Washington Square.

Wolf señaló para un lugar donde podían detenerse.

—Aquél es un buen lugar.

—¿No quieres que penetre contigo en «Mulberry Bend»?

—¡No! Me esperan tres chicas y te podrían arañar.

Detuvo Lya el automóvil y Wolf saltó a tierra.

—Adiós, muñeca. Y gracias por tus atenciones.

La linda pelirroja se mostró desdeñosa.

—No vale la pena. Hubiese hecho lo mismo por cualquiera.

—Gracioso hociquito de perfil…

—Es inútil que intentes dorar la píldora. ¡Hasta nunca!

Partió el menudo coche rojo como un rayo.

—¡Uf! Pensé que iba a ser más difícil despegarla.

Aguardó a que el coche se perdiese de vista y luego saltó a un automóvil que debería llevarle hasta el hospital donde estaba Lou Hummers.

Una vez en el autobús, murmuró:

—Primero la rutina. Y después nos saldremos de ella, que es donde suelen hallarse los buenos resultados.

Cuando bajó del autobús, cerca del hospital adonde había sido conducido Hummers, temió por un momento encontrarse de nuevo con el coche rojo.

Respiró aliviado, al ver que no era así.

—¡Uf! Es posible que tenga que resignarme, según dice Geyer… Y es que, ¡hay que ver cómo crecen estas chicas y cómo exigen luego!

Penetró en el edificio y tomó uno de los ascensores.

Se informó de la habitación donde se hallaba el periodista y al penetrar en un pasillo la descubrió por el policía que se hallaba de guardia a la puerta y por…

Dio un salto atrás, pero fue inútil.

Lya Wren, que se hallaba tranquilamente sentada en un banco, le había sonreído, levantándose al verlo llegar.

—¡No! —protestó Wolf.

—Un momento. ¿Sabes lo que he pensado?

—¡Me importa un comino!

—No me casaré contigo si te comportas de esa forma tan poco correcta.

—¡No te he pedido que te cases conmigo!

—Pero me lo tendrás que pedir. Y ahora, escucha.

Wolf se resignó.

—Tú dirás.

—He pensado que cuando nos amenazan es porque nos temen.

—¿Sabes que has descubierto la dinamita? Además, al que

temen es a mí.

—El papel estaba en mi coche. Por cierto, no he querido entrar a ver a Lou Hummers antes que tú. Puede que alguien nos haya visto juntos anteriormente y no quiero que se rían de ti sí ven que te he adelantado.

—Eres muy considerada.

—Toda mujer debe cuidar mucho de no poner en evidencia al hombre que ama.

—Gracias. ¿Se puede saber qué buscas ahí dentro?

—Cualquier persona medianamente inteligente, lo comprendería. Necesito ver, ambientarme, saber cómo se desarrollan las cosas en la realidad. Quiero que mi libro se ajusté a la verdad y que no se pueda burlar de mí la enfermera de turno cuando lo lea.

—Deberé resignarme, ¿no es eso?

—Creo que es lo mejor, querido.

Lya se cogió del brazo de Clayton y se dispuso a penetrar con él en la habitación donde se hallaba Lou Hummers.

Wolf mostró su insignia al policía de uniforme que se hallaba a la puerta, el cual saludó y cedió paso.

Junto al lecho del periodista había una enfermera, que se levantó el entrar Lya y Wolf.

—Hablen lo menos posible —pidió.

—Lo necesario —puntualizó Wolf—. Somos amigos.

El aspecto de Lou Hummers, con todo el rostro vendado, resultaba impresionante.

Al escuchar la voz de Wolf alargó el cuello ligeramente.

—Soy Wolf, Hummers. Me he hecho cargo del asunto. No hable más que lo necesario.

Hummers afirmó con la cabeza y tendió su mano diestra, que también llevaba vendada, al agente del F.B.I.

—El intendente Geyer me ha informado de que Martha Hollen le citó para que fuera a verla.

El periodista afirmó con la cabeza.

—¿Le dijo algo que le pudiese hacer pensar a usted en los motivos de su llamada?

Trabajosamente, Hummers respondió:

—Dijo que era algo muy importante. Pero que ella debía quedar

al margen de todo.

—¿Usted sabía que Martha Hollen era la madre de Lois Carter?

—Me lo dijo ella en nuestra breve conversación.

—Ello hizo que usted se diese prisa en acudir. Pensó usted que podía estar relacionada la llamada con el asunto de la marihuana, ¿no es eso?

—Naturalmente.

—¿Parecía dolorida?

—Mucho.

—¿Asustada?

—En absoluto.

—¿Advirtió si tomaba precaución alguna al hablarle?

—No lo parecía. Estaba excitada.

—Vibraba en ella el dolor de la madre que ve a un hijo en peligro, ¿no es así?

—Exactamente.

—Gracias. ¿Podría relatarme cómo se produjo el ataque?

El periodista afirmó con un movimiento de cabeza.

Luego expresó con cierta dificultad:

—Dejé mi coche en el aparcadero. Miré por si venía algún vehículo. No vi nada y me dispuse a cruzar la calle…

—Descanse. No se agote…

Tras una pausa, prosiguió:

—De improviso surgió un coche, no sé cómo ni de dónde. Avanzaba silencioso, vi que se me echaba encima y traté de apartarme…

Volvió a detenerse para descansar y proseguir a poco:

—Se produjo el chirrido de los frenos al detener el coche su carrera. Yo estaba asustado porque creí que iban a por mí… Quise echar mano a mi pistola y recibí la rociada.

Volvió a descansar el periodista.

Wolf no lo quiso atosigar y se mantuvo callado.

Observó de soslayo a Lya, que estaba pálida, pero que se mostraba atenta, absorbida por completo por el relato del hecho que tan penosamente hacia Hummers.

Hummers continuó al fin:

—Entonces percibí la rociada —repitió como obsesionado.

Movió la cabeza en sentido negativo.

—No sé cómo era el coche, ni cómo eran los hombres que iban en él. No sé tampoco cuántos eran. Lo siento.

—¿No tiene nada más que decirme, Hummers?

—Espere. Alguien silbó algo, como si estuviese regocijado de ser actor de aquello.

Clayton Wolf dio un salto.

—¿Qué?

Cambió una significativa mirada con Lya y dijo:

—Un momento, Hummers. Escuche algo.

Y luego se dirigió a Lya.

—Lya, muñeca. Imagina por un momento que conduces, que vives un momento de emoción y silba eso que silbaste antes.

La joven, más emocionada cada vez, hizo lo que se le pedía.

Lou Hummers, que escuchó atentamente, dijo cuando ella finalizó.

—Podría ser eso mismo, aunque no lo aseguro. Fue un momento terrible. La muerte tiene una faz espantable y lo que me ha sucedido es tal vez peor que la muerte.

—Nada de eso, Hummers. En fin, no le molesto más. Supongo que no se daría ni cuenta de cómo se marcharon.

—No. Sé que grité horrorizado pidiendo socorro… Nada más.

—Gracias. Espero verle pronto mejor.

La enfermera, que había salido, asomó la cabeza por la puerta, mostrando su gesto no poca preocupación.

Pero entonces ya Hummers alargaba su mano a Wolf y tanto éste como Lya, se despedían.

CAPÍTULO III

Una vez en la calle, Lya preguntó a Wolf:

—¿Crees que el hombre que me enseñó a conducir es el mismo que conducía el automóvil desde el cual agredieron a Hummers?

—No. Aunque tampoco se le puede descartar. ¿Cómo se llama ese hombre, Lya?

—Tom Perkins.

—Tom Perkins. Magnífico conductor, nervios de acero, uno de los mejores profesionales del volante en la actualidad.

—¿Lo conoces?

—Sí. Estuvo en Corea con nosotros. Hizo verdaderas diabluras…

—¿Por qué pensaste en él cuando me oíste silbar eso?

—Era lo mismo que silbaba él.

—Pero tú lo relacionaste con el asunto de Hummers.

—No. Pero piensa que nos aferramos a cualquier cosa. A veces te dice una persona: «He estado una temporada en Los Ángeles…»

—No continúes. Sé por dónde vas. Enseguida alguien pregunta: «Yo conocía al señor X en Los Ángeles. ¿No lo conoce usted?»

—Exactamente. Entre los millones de habitantes, ¿por qué se ha de conocer precisamente a uno? Pero ocurre así y a mí me pasó con Tom Perkins algo semejante.

—Hummers no reconoció la tonadilla que yo silbaba…

—El pobre Hummers recordó que silbaban, que no es poco. Algunos de los detalles que me ha dado a mí ahora, no se los dio anteriormente a Geyer. Dentro de unas horas recordará más cosas. Con Lois Carter pasará lo mismo…

—Es un caso difícil, ¿verdad?

—Sí. Y peligroso.

—Lo dices por asustarme.

—No; pero vas a desaparecer rápidamente.

—¿A dónde te llevo ahora? ¿Qué te parece si hacemos una visita

a la casa de Martha Hollen?

—Está bien. Irás hasta allí, tomarás toda la cantidad de ambiente que quieras y desaparecerás enseguida. ¿Prometido?

—¿Y por qué no? Prometido.

Volvieron al coche rojo en el que Lya esperaba encontrar un nuevo aviso, mostrándose decepcionada al no hallarlo.

—Esta gente va perdiendo facultades.

Wolf comentó:

—Lou Hummers era un hombre arrogante, bien parecido. Geyer dice que ahora parecerá un monstruo.

—Si lo dices por asustarme, no debes perder el tiempo.

—No trato de asustarte. Comienzo a compadecerme de mí mismo. Tal vez se dé el caso de que llegues a llamarme monstruo con motivo.

—¡Por favor, Clay! Terminarás por hacerme llorar. El día que sucediese eso sería cuando no te lo llamaría…

El automóvil rojo partió como una flecha en dirección a Greenwich Village, el barrio donde había vivido Martha Hollen.

Al penetrar en la casa, guardada por policías, Lya volvió a sentirse vivamente impresionada, aunque procuró captar todo detalle que pudiera servirle para llevar una impresión real a sus futuros lectores.

El interior de la casa estaba en desorden.

—¡Es como si hubiese pasado por aquí un vendaval!

—¿No habías visto nada semejante?

—No…

Se asomaron a la ventana por dónde Martha Hollen había sido lanzada.

En el jambaje de la ventana descubrió Clay un trozo de laca de uñas.

—Seguramente intentó aferrarse aquí desesperadamente.

—Debió ser terrible.

Clay cambió impresiones con la policía que se hallaba trabajando aún en el piso, saludando posteriormente al Fiscal del distrito.

—¡Un caso difícil, Wolf!

—¡Malditos traficantes de drogas!

—¿Cree que vienen los tiros por ahí?

—¿Por dónde si no? Todo coincide. La condena de Lois Carter, hija de Martha. La llamada de ésta a Hummers que denuncia día sí y día también cosas de esa gentuza…

—¡Pobre Hummers!

—Y la seguridad casi absoluta de que Martha traficaba con drogas.

—¡Se le debieran haber caído las manos antes! Más le valía haber seguido su anterior carrera…

—Ella habrá pensado lo mismo al ver a su hija víctima de la marihuana. ¡Esto es inhumano! Hay que asestarle un golpe definitivo a esa gente.

—De eso tratamos hace mucho tiempo. Pero parece que saben defenderse —dijo el Fiscal.

El ayudante del Fiscal preguntó, dirigiéndose a Wolf:

—¿Hacia dónde piensa apuntar?

—Hacia arriba aunque no sea más que en plan de señalar una finta. Y puede que entonces dispare hacia abajo.

—¡Muy inteligente! —respondió el Fiscal temiendo que Wolf trataba de desconcertarlos.

El joven agente del F.B.I., se despidió de ellos y se llevó a Lya.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Ver lo último que señala la rutina, aunque imagino que tampoco servirá para nada. El lugar donde atacaron a Hummers.

Estaban actuando los fotógrafos en aquel momento.

En el piso se habían hecho algunas señales para mayor claridad.

Clayton hubo de explicar a Lya el significado de algunas de las operaciones que se estaban realizando.

—Ahora me dejarás en mi oficina. Y como papá me ha dicho que ya puedo andar sin niñera, serás buena chica y te irás a casita.

—No quiero ir a casa.

—Pues ve adonde quieras. Pero no cuentes conmigo.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Actuar de payaso en Square Garden si no hay otra cosa mejor.

—No tienes mucha confianza en todo lo que has visto.

—Eres muy lista, pequeña. Llévame y escribe luego lo de «Caperucita Roja». Y piensa que el lobo de este cuento es bastante más peligroso que aquél. Entonces no se había inventado aún el vitriolo…

El intendente Geyer se hallaba aún en su despacho cuando llegó Clayton Wolf.

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada de particular. Necesito el paradero de un tal Tom Perkins.

—¿Imagina cuántos Tom Perkins pueden haber en este momento en Nueva York?

—Sí. Pero necesito a uno de ellos. Estatura aproximada, una pulgada menos que yo. Ciento setenta libras de peso, moreno, rostro vulgar, de expresión, más que inteligente, de pícaro.

—Eso va concretando ya a nuestro hombre —dijo Geyer en broma.

—Edad, unos treinta y dos años. Es un auténtico as del volante.

Geyer silbó admirativamente.

—¡Va concretando usted la figura, Wolf! ¿Hay algo más?

—Sí. Tuvo que largarse a toda prisa de Indianápolis por una sucia faena que hizo en una carrera. Y luego se desacreditó por completo en otras carreras hasta que hubo de abandonar.

—Esa ficha comienza a presentar interés.

—Ignoro si ha sido condenado alguna vez.

—Lo sabrá usted pronto. Y trataremos de localizarlo rápidamente. ¿Qué se ha de hacer con él si se le encuentra?

—Vigilarlo sin que lo note. Cosa nada fácil, por supuesto.

—¿Lo conoce personalmente?

—Estuve cerca de él en Corea. Hizo verdaderas diabluras en el volante y fuera de él.

—Un tipo que puede ser de cuidado, ¿no es eso?

—Exactamente. En otra época los indios hubiesen dicho de él que sentía crecer la yerba debajo de sus pies.

—Está bien. Tan pronto se le localice, le avisaré, Wolf. ¿Va a descansar ahora un rato?

—Lo intentaré.

—¿Y la chica?

—Es mejor que no me pregunte. Supongo que habré de casarme cuanto antes si quiero librarme de ella. De lo contrario terminará escribiendo un libro y será aún peor.

Rieron los dos hombres y Wolf se despidió de Geyer.

Apenas se vio en la calle estuvo a punto de darle un ataque.

Lya Wren estaba tranquilamente sentada ante el volante de su cochecillo rojo, repasando los apuntes que había hecho.

Al divisar a Wolf, lo llamó alegremente:

—¡Eh! ¡No te despistes! He pensado que necesitas descansar y te llevaré a tu casa rápidamente. No dirás que no pensabas ir allí.

—Precisamente ha pensado en eso. Quiero descansar un rato antes de cenar.

—Mi coche es más rápido y más seguro que un autobús y, sobre todo, te resultará más barato.

—¿Quién sabe? A la larga, las cosas baratas salen siempre caras.

—¿Lo dices por cuando nos casemos?

Sin aguardar respuesta, trató de tranquilizarlo:

—No temas. Trabajaré. Mi primer libro se venderá mucho y, por otra parte, en la actualidad, no estoy descalza precisamente…

—Creo que esa boda me convendrá por todo. Hasta por librarme de ti —gruñó más que dijo Wolf.

—¿Habráse visto cosa semejante?

Había fingido indignarse.

Y puso el coche en marcha de forma brusca, haciendo sentar a Wolf que estaba de pie.

No estuvo mucho tiempo callada:

—¿Sabes en qué pensé no hace mucho?

—No.

—En tus palabras al ayudante del fiscal. Burton Omaha ha sido traficante de estupefacientes. Asegura que de ahí ha salido su inmensa fortuna. ¿No crees que él tiene que saber…?



—Burton ha sido traficante de estupefacientes.

2 — HAMPA

—¡O callas de una vez o me arrojo en marcha!

—Sólo quise ayudarte. Creí que ésa era precisamente la finta a que habías aludido.

Clayton Wolf experimentó vivo asombro ante la clarividencia de que Lya Wren estaba dando muestras.

Pero decidió que, como fuese, se libraría de ella. No podía permitir que se continuase arriesgando yendo a su lado.

La voz de Lya, llegó a él dulce, suplicante casi.

—Un automóvil te sería de gran utilidad. Y si ese automóvil llevase conductor, mejor aún…

—Y si fuese rojo —remedó Wolf el tono de ella—, mejor aún. Y si el chofer no cobrara nada y ponía además el coche, la gasolina, el aceite, el desgaste de cubiertas y alguna simpática sonrisa, mejor aún, ¿no es eso?

—Yo diría que sí…

—¡Pues no! ¿Lo has entendido bien? ¡Haz el favor de parar ahora mismo! ¡Y ya te llamaré para ir a bailar, que es lo tuyo!

Obedeció Lya, aparcando en lugar adecuado.

—Sé que no vas a tu casa y por eso me echas —comentó tristemente.

Wolf sintió cierta compasión ante la angustia real de ella y la tomó de la barbilla, acariciándola.

—Compréndelo, muñeca. Necesito las manos libres. Y contigo voy maniatado.

—Lo sé. Pero no quisiera dejarte solo. Sé que existe el peligro, lo palpo.

—Pues a ser valiente. Date una vuelta por casa cuando puedas. Mi madre está siempre sola y te lo agradecerá.

Le rozó los labios con los suyos y echó a andar ágilmente en dirección a la Lexington Avenue, donde vivía Burton Omaha en una lujosa residencia.

Se volvió varias veces a ver si el coche rojo le seguía.

Pero en aquella ocasión Lya Wren había comprendido y marchaba hacia su casa sin prisa alguna.

Un sirviente de librea, una librea donde brillaban los dorados sobre el verde, precedió a Wolf por la lujosa y alfombrada escalera de mármol que conducía del *hall al primer piso de la magnífica mansión.*

El joven agente del F.B.I., recorrió con la vista todo lo que el dinero había ido acumulando allí: Cuadros, esculturas, jarrones…

Y sin preocuparse de que el sirviente pudiese oírle, deseando más bien que le escuchase, exclamó:

—¡Hay que ver cómo vive esta gentuza!

Poco antes de llegar al primer piso, vio salir por una puerta a una linda mujer que andaría por los veintisiete años.

La reconoció inmediatamente, aunque estaba más linda y vestía con mucho más lujo que cuando había sido su novia, antes de marchar él a Corea.

Ella lo reconoció también y se detuvo sobresaltada, mirándolo fijamente.

Cuando Wolf llegó arriba, exclamó con visible emoción:

—¡Clay!

—Buenas tardes.

Se expresó fríamente y pasó ante ella tal que si no supiese de quién se trataba.

La hermosa mujer siguió a Wolf con paso rápido y lo detuvo de un brazo, haciendo que él girase.

El sirviente se detuvo discretamente, a cierta distancia, permaneciendo de espaldas a los dos jóvenes.

—¡Buenas tardes! ¿Es todo lo que se te ocurre? ¡Eso es peor que si me hubieses abofeteado!

—Puedes considerarlo como una bofetada si te place, Fríamente apartó con dos dedos la mano de ella, que le sujetaba aún por la manga y, girando, siguió avanzando.

La mujer quedó inmóvil, mirando fijamente a Wolf, esforzándose porque las lágrimas no aflorasen a sus ojos.

El sirviente, al advertir que Wolf había continuado, siguió hasta una puerta, la que, tras avisar con los nudillos, abrió. Apartó luego una cortina y anunció:

—El señor Clayton Wolf.

Se apartó a un lado y se inclinó ligeramente para darle paso.

Wolf conocía sobradamente a Burton Omaha, se habían visto más de una vez. En esta ocasión lo vio avanzar a su encuentro, apretando ambos maxilares, gesto característico en él y que le daba cierto parecido con un «bulldog».

El «gángster», era alto, grueso sin exceso, denotaba fuerza física y una envidiable salud.

Se advirtió que iba a tender su diestra al joven, pero el gesto de éste le hizo desistir y se limitó a mostrarle un sillón.

—Siéntese, Clayton Wolf.

—Gracias. Acepto porque estoy cansado.

Burton Omaha tomó asiento sobre un ángulo de la mesa, tomó una caja de cigarros de la misma y la alargó a Wolf.

—Tome, sírvase. Le aseguro que son estupendos.

—No quiero. Ya supongo que serán magníficos. Usted puede pagar siempre lo mejor de lo mejor, ¿no es eso?

—Pues sí. Para eso trabajamos.

—Sin embargo, ya va siendo hora de que descanse usted, Burton Omaha.

—Los hombres de negocios como yo estamos un poco envenenados, tenemos que hacer algo, no podemos permanecer inactivos.

—Me asombra comprobar lo bien que se tratan los «hombres de negocios» como usted, Omaha.

Pese a la punzante ironía que envolvían las palabras de Wolf, el «gángster» no se desconcertó lo más mínimo.

Antes de que hablase, continuó Wolf atrevidamente:

—Se llaman ustedes a sí mismos «hombres de negocios» cuando no dejan de ser unos miserables «gangsters».

—¡Escuche, «polizonte»! Si ha venido a insultarme, puede largarse antes de que lo haga echar.

—Me agradaría que lo intentase. ¿Sabe lo que podría suceder?

—Nada que me pudiese asombrar.

—Ya sé que se ha visto en cosas más gordas. Y yo también, ¿lo duda?

—No.

—No piense que yo soy Lou Hummers. Por otra parte, a él lo han sorprendido. A mí no me sorprenderían.

—¿Es por ahí por dónde duele? ¡Haber tocado esa tecla la primera! No sé nada de eso.

—Ustedes podrán amontonar mucho dinero, pero buenos modos no los tendrán en su vida. ¿Cree que puede hacerse respetar de nadie sentándose de esa forma?

—Estoy en mi casa, digo yo…

—Igual podría estar en una jaula del «zoo».

—Suelte otra como ésa y no se la aguantaré.

—Puede que las tenga que oír más gordas.

—Oiga, si está usted rabiosillo por lo de Anne, se la puede

llevar.

—No tengo nada en contra suya por esa parte. Le agradezco que se la llevase porque así demostró ella lo poco que valía. Y no pudo haber engaño luego.

—Usted dice eso ahora, pero por dentro va otra cosa.

—Piense usted lo que quiera, está en su casa. Y piense también que hace años que me la puede llevar, tan pronto vine de Corea. Como me la llevaría ahora aunque usted se opusiese.

—Viene usted pisando fuerte a lo que se ve.

—Porque se puede. Ella se sintió deslumbrada por sus billetes, pero aprendió muy pronto que usted era algo así como un sapo gigantesco.

Los dientes del «gángster» crujieron.

—¿Ha venido a provocar?

—Fue usted quien sacó la conversación pretendiendo hacerme saltar. ¿Pasamos a otra cosa de mayor interés?

Omaha hizo un gesto de indiferencia.

—Es usted quien ha venido aquí por algo. Puede desembuchar lo que sea.

—Don Pocatello abre dos establecimientos más. Son peores que los suyos, quiero decir, más dañinos y me gustaría cerrarlos.

—Pues ciérrelos.

—Sé que me dará más de un motivo. Pero él sabe trabajar, tiene gente que le sirve bien. Ahora mismo, lo de Martha Rollen lo demuestra.

—Aún no he oído hablar de eso.

—Pasó inmediatamente después de lo de Hummers cayó en la otra acera de la calle.

¿Y a mí, qué?

—Martha trabajó para usted, Omaha. Como era una buena distribuidora y usted la amarraba demasiado, se largó con la gente de Don. La gente de Don registró allí y tal vez haya cogido algo que le fastidie a usted. He oído algo de eso.

—Se dicen muchas tonterías.

—¿También es tontería lo que ha dicho Don?

—¿De qué se trata? Ése tiene mucha boquilla.

—Dice que lo echará a usted de aquí. Dijo que era usted un viejo sapo que no senda para nada.

—Ya lo sé, ¿y qué?

—Creo que usted no es dañino ya, Omaha, aunque lo fue en tiempos. Y me agradaría ayudarle de alguna forma.

—Pues entonces, lárguese.

—Alguien me dijo que era usted un tipo de pelo en pecho, Burton Omaha, pero veo que Don Pocatello tiene razón.

—¡Oh, qué duda cabe! Eso no quita para que algún día se demuestre que estaba equivocado.

Clayton Wolf se levantó.

—¡Y ya sabe, viejo! ¡Le estoy agradecido por lo de Anne! Se lo puede decir a ella por si se ha hecho ilusiones.

—Si quiere la llamo y allá se las entiendan ustedes.

—Gracias. Me gusta la limpieza.

Clayton Wolf se sacudió las manos una vez se hubo levantado, en un ademán que resultaba insultante y que arrancó a Burton Omaha un gesto de ira, aunque supo refrenarse.

—Cuídese, Clayton Wolf. Es usted un joven de mérito y sería una lástima que le sucediese algo.

—Eso creo yo también y ya me cuido, no crea. Y usted, cuídese de Don. Piense que todo esto se puede venir abajo. Es posible que él haya pensado en venirse a vivir aquí. Según tengo entendido lo suyo es una mala cabaña comparado con esto.

—Esto no pienso regalárselo. Pero no me importaría regalarle una buena tumba, toda de mármol. ¡Hasta pronto, Wolf!

—Hasta pronto, Omaha. No dejaremos de vernos en estos días.

—Eso creo —respondió el «gángster» burlón.

Tocó un timbre Burton Omaha y el mismo criado que atendió anteriormente a Wolf, acudió a la puerta del despacho, para conducirlo hasta la calle.

Burton expresó en plan burlón:

—No crea que es desconfianza. Además, si le gusta algo, puede llevárselo tranquilamente. Pese a lo que usted ha dicho de Anne, siento que estoy en deuda con usted.

—Si es así, no se preocupe. Yo cobro siempre lo que me deben.

Descendió las escaleras detrás del sirviente.

Burton Omaha llevó la mano a la funda pistolera del sobaco y empuñó un «Colt», el cual llegó a desenfundar.

Las espaldas de Clayton Wolf le atraían.

Pero volvió a enfundar a tiempo que el joven agente del F.B.I., se volvía para saludarle en un último ademán de despedida.

Anne, a la puerta de un gabinete que daba al *hall, vio pasar a Wolf.*

Y luego, cuando levantó la vista, se encontró con la mirada burlona de Burton Omaha.

CAPÍTULO IV

Lya Wren se hallaba en casa de Clayton cuando éste llegó.

Al joven agente no le sorprendió encontrarla, pues había visto el coche rojo detenido en el aparcadero próximo.

—Parece que traes buenas noticias de lo de Burton Omaha.

—Ni buenas, ni malas. Está casi claro que su gente no ha sido o, al menos, ha sabido disimular.

—Ni tú mismo crees lo que dices.

—¿Quieres significar que miento? —preguntó él en tono burlón.

—Yo no le llamaría a eso mentir, sino saber guardar un secreto profesional.

—Gracias.

—Aunque conmigo no debieras tener esas reservas. Después de todo, soy tu ayudante.

—¿Te molestará si me dedico a descansar un rato? A fin de cuentas, tu visita es para mi madre.

La madre del agente intervino:

—¡Oh, Clay! ¿Cómo puedes ser tan inocente? Ella me aprecia, pero creo que tú le agradas más que yo.

—Por Clay no vendría, se lo aseguro. Es un ingrato. ¿No ve cómo me trata a pesar de que le ayudo todo lo que puedo?

—La mejor ayuda ahora sería permitirme que descansara.

—¡Un momento! Si realmente quieres que nos casemos, tendrás que ascender. Y para ascender deprisa hay que realizar buenos trabajos. Y quien descansa…

—Vamos. No des tantos rodeos. Desembucha.

—¿Os vais a casar? —preguntó la madre.

—No veo otro medio de librarme de ella —expresó el joven.

La madre de Wolf respondió con sentido del humor:

—Creía que ella era inteligente y no puedo imaginar que dé semejante tropezón.

Rió Lya, palmoteando alegremente.

Y a continuación informó en plan de considerarse una pieza fundamental en la vida de Wolf.

—He estado en la agencia automovilística. Tom Perkins marchó hace más de dos años. Creen que fue a Chicago.

—En dos años ha tenido tiempo de volver. Chicago no está demasiado lejos.

—¡Si hubiera vuelto, seguramente que lo sabrían! Al menos, es lo que me han dicho.

—No te sulfures por eso.

El timbre del teléfono repiqueteó. Clayton, que se hallaba aún de pie, acudió a él.

—Clay Wolf al aparato.

La voz de Geyer se dejó oír:

—Siento molestarle, Wolf. Si se da prisa, podrá ver, a Perkins.

—¿Dónde?

—En un bar de la Lexington Avenue. En la cuadra siguiente a la que vive Burton Omaha.

—¡Es una delicia! Acabo de llegar de allí.

—Parece que se ha aposentado para rato.

—Gracias.

—Los dibujantes me dicen que a primera hora de la mañana tendrán algo que se puede parecer al hombre de Lois Carter.

—Veremos si aciertan.

—Si Perkins no estuviese ya en el bar, aguarde allí. Le llamarán.

—O. K. Hasta mañana, si no hay novedad.

Colgó el aparato telefónico y se dirigió a Lya:

—¿Serás buenecita y me llevarás hasta la Lexington Avenue? Es posible que me esté aguardando en ella Tom Perkins.

—¿Tom Perkins? ¡Te burlas de mí!

—Está allí y puede ser interesante.

—Pues coge tú mismo el automóvil. Ya me lo devolverás cuando puedas. Lo único que te pido es que no te estrelles con él. Cuando pisas el acelerador, se va como un diablo. Pero tiene de bueno que se pega a la pista de forma maravillosa.

—Gracias. ¡Eres un encanto, muñeca!

Le acarició la barbilla, dio un beso a su madre y salió disparado.

Wolf se dirigió a la barra cuando hubo entrado en el bar. No se

fijó en las mesas donde suponía a Tom Perkins.

Tomó asiento en un taburete y pidió:

—Cerveza con limón helado. No hay quien soporte este calor.

Al alzar la vista, por un espejo descubrió a Tom Perkins. Se hallaba con una linda joven en una mesa.

Se volvió ligeramente, más bien dispuesto a ser visto que a ver y su maniobra surtió el efecto apetecido.

Tom Perkins se levantó y acudió a su encuentro con los brazos tendidos.

—¡Camarada!

—¡Hola, campeón!

Se abrazaron efusivamente.

—Olvida lo de campeón. No soy nada ni nadie.

—En los primeros tiempos, después de nuestro regreso, oí algo sobre tus triunfos.

—¿Y no oíste lo del escándalo en Indianápolis? ¿Y otros y otros? Pasemos la hoja. Me trataron injustamente.

—¿Vives aquí?

—No. Yo diría que estoy de paso.

—Pues si tú lo dices…

—Normalmente resido en Chicago, pero aquello no hay quien lo aguante y he venido a distraerme. Quiero largarme a Los Ángeles a ver qué pasa por allí. Puede que aquí me den trabajo para allá. Una gran estrella…

Dirigió una mirada a la ropa que vestía Wolf, bastante discreta.

—¿Qué es de tu vida? ¡Pareces un millonario! ¿Negocios?

Le dio una palmada en la espalda y le guiñó un ojo.

Observó Wolf que la linda acompañante de Perkins trataba de hacerle una seña a éste para que se mantuviese cauto.

Y se apresuró a responder:

—Nada de negocios. No sirvo para eso. Simplemente, policía.

—¡Ah!

Trató de disimular la impresión desagradable que le había producido la noticia.

—¿Quieres tomar algo?

—Ya me están sirviendo. Aquí lo tengo… ¿Oí decir que te dedicaste a la enseñanza?

—Sí. Estuve en una Escuela de Choferes. Pero no sirvo para

desasnar gente. Al menos, es lo que me dijeron y me marché.

—He comentado tus diabluras más de una vez con los amigos y los compañeros. Y recuerdo perfectamente que cada vez que te veías en un momento difícil, silbabas algo… ¿Cómo era?

—No recuerdo…

—A mí me va por la cabeza…

Fingió Wolf que recordaba, hizo varias falsas probaturas y al fin logró silbar la tonadilla que había escuchado a Lya.

Tom Perkins rió entre dientes.

—¡Es chocante! —exclamó al fin—. Lo recuerdas tú mejor que yo. Por mi parte, no tenía ya ni idea…

Wolf sorbió cerveza e invitó a Perkins.

—Lo siento, pero tengo ahí a la rubia. La verdad es que no sé qué hacer con ellas. ¿Te casaste con aquella muchacha que te escribías?

—No. Prefirió irse con un sapo. Burton Omaha. ¿Lo has oído nombrar?

A Clayton Wolf le dio la sensación de que Tom Perkins tragaba saliva antes de responder:

—Sí. He oído ese nombre más de una vez. ¿Quién no lo ha oído? ¡Ésos son tipos que valen y no los gusanos como nosotros!

—¡Bah!

—¿Y no le pateaste las tripas cuando volviste?

—¿A ese sapo? Allá él y ella.

Terminó Wolf de beber su cerveza con limón y se despidió de Tom Perkins.

El compañero que había descubierto al magnífico chofer, se hallaba bebiendo al otro extremo de la barra.

Clayton Wolf no dio muestras de haberlo conocido, siendo correspondido en el mismo sentido.

El joven agente federal se apresuró a ir a un teléfono público, entrando en contacto desde él con Geyer.

—Tengo algo para que salga en la Prensa lo antes posible. Si alcanza la de esta noche, mejor.

—¿De qué se trata?

—Lou Hummers ha declarado que el hombre que conducía el automóvil desde el cual partió la agresión, silbaba.

—Pero ¿no quería usted reservarse ese dato?

—Sí; pero ahora hay que lanzarlo. Y hay que añadir que Hummers recuerda la música, aunque, por las condiciones en que está, no puede reproducirla.

—Para los periódicos puede resultar sensacional. «La muerte llega silbando». Pero ¿cree que nos servirá a nosotros?

—Sí. Ahora, que no me pierdan de vista a Tom Perkins aunque haya que doblar la vigilancia. Hay que estar seguros de para «quién» trabaja.

—¿Cree que Tom Perkins es nuestro hombre?

—Puede ser el punto de arranque.

—¿Por qué cree que está ahí, cerca de la casa de Omaha?

—Es lo que hay que saber. Podría ser una simple coincidencia. Omaha hace tiempo que se retiró de los estupefacientes. Aunque cabría que hubiese vuelto y saliese de eso su naciente rivalidad con Don Pocatello.

—Se tendrá todo en cuenta.

—Me agradaría estar delante cuando Perkins se entere de lo que dice la Prensa.

—Podría ser interesante, no hay duda. ¿Cuándo le veré? —preguntó Geyer.

—Lo ignoro, señor. Depende de cómo se vayan sucediendo las cosas. Hasta ahora no tengo nada claro.

—¿Vuelve a casa?

—Sí. Trataré de descansar un rato y cenar. Tom Perkins queda bien vigilado por el momento, según pude apreciar.

—No hay cuidado con él. Si ocurriese alguna novedad, llamaré a su casa, ¿no es eso?

—Pienso estar en ella. Pero si saliese, lo advertiría y me mantendría en contacto, con la oficina.

—No deje de hacerlo. Yo voy a ocuparme de que salga eso en la Prensa y luego me iré.

—Espero que tendremos que ponemos en contacto pronto.

—Eso espero yo también. Suerte, Wolf.

—Gracias, señor.

Clayton Wolf dejó el coche rojo en la cochera de Lya Wren, preguntó por ella y, al saber que no había vuelto a casa, pensó que podía estar aún en la suya.

Cuando llegó a ella le informó su madre:

—Hace un buen rato que se ha marchado. ¿Te contraría?

—No. ¿Por qué había de contrariarme?

—Cuando está contigo parece que te molesta, y cuando no está, da la sensación de que te falta algo.

—Me falta descansar y cenar.

No hacía media hora que Clayton Wolf había cenado, cuando el repiqueteo del timbre del aparato telefónico le hizo levantar de su asiento para tomar el auricular.

—Clayton Wolf al habla.

Geyer, a la otra parte del hilo, preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que ha cenado?

—Una media hora.

—Ha tenido usted suerte. A mí me la han cortado por la mitad.

—¿De qué se trata ahora?

—Tom Perkins ha sido capaz de despegarse de Singer.

—Tom es un chico listo.

—No estoy muy seguro de que lo sea.

—¿Por qué?

—Tenemos en el depósito un fiambre que lleva la documentación de Tom Perkins. Puede que sea él.

—¿Cómo ha sucedido?

—Parece que lo han lanzado de un automóvil a toda velocidad. Y otro auto que marchaba detrás como un meteoro, lo ha pisado y le ha destrozado la cabeza.

—¿Estatura?

—Coincide, así como el peso aproximado, con la de Tom Perkins.

—¿Quieren que vaya a identificarlo?

—Precisamente.

—Voy enseguida.

—Lamento haberle molestado.

—¿Le recojo en su despacho?

—Sí. Venga por aquí.

—Hasta ahora mismo, señor.

En aquel momento lamentó Wolf no tener automóvil y haberse dado tanta prisa en devolver el de Lya.

Recordó el ofrecimiento que ella le había hecho de ponerse a su servicio.

«Merecería que la llamase para que me llevase e incluso que la llevase al depósito de cadáveres para que se ambientase», pensó.

Se disponía a salir cuando volvió el teléfono a dar su llamada de aviso.

—¿Qué hay? Clayton Wolf al habla.

—¿Encontraste a Tom Perkins, Clay?

Era Lya quien le hablaba, un tanto excitada.

—Sí. Pero olvídalo ya.

—¿No es tu hombre?

—Eso quisiera él.

—¿Por qué?

—Parece que lo han liquidado. Y no tengo la conciencia tranquila. Puede que yo lo haya empujado un poco.

Lya dio la sensación de hablar en broma cuando preguntó:

—¿Te refieres a la noticia aparecida en la Prensa del hombre que silbaba?

—Exactamente.

—Imaginé que se trataba de una treta tuya. Pues bien, puedes estar tranquilo. Tom Perkins está lleno de vida.

—¿Cuándo lo has visto?

—Lo estoy viendo en este momento.

—¿A Tom Perkins? ¿Estás segura?

—Completamente.

—¿Dónde estás?

—En Chinatown…

Lya Wren dio las señas del lugar en donde se hallaba y precisó:

—Él está ahora en un primer piso. Veo perfectamente su silueta inconfundible.

—¡Por favor! Vuelve a llamarme dentro de cinco minutos, o antes, si ves que nuestro hombre se dispone a largarse.

—Bien, hombrecito. Si no te pudiese llamar más pronto, te llamaría más tarde.

—De acuerdo.

Wolf volvió a llamar a Geyer.

—No será necesario que vaya a identificar a ese fiambre. No es Tom Perkins.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque le tengo localizado. ¿Cómo podría ponerme en

contacto con Singer?

—Está aquí después de su fracaso con el hombre que silba…

—Que vuele a Chinatown…

Le dio las señas del lugar donde se hallaba Perkins.

—Yo estaré allí para volver a ponerlo sobre la pista. Una vez llegue, que no se despegue de allí a menos que lo vea salir…

—De acuerdo. Va enseguida para allá…

Clayton colgó el teléfono y se dispuso a aguardar la llamada de Lya, que no podía tardar en producirse.

—Esta muchacha está dispuesta a salirse con la suya y lo conseguirá —murmuró el joven—. Y el caso es que me está resultando de gran utilidad.

Sin embargo, la idea del riesgo que, voluntariamente, estaba corriendo Lya, le hizo estremecerse.

Evocó los encantos de la joven, encantos que había descubierto de pronto a pesar de que le veía casi a diario.

—¡Soy un estúpido, ésa es la verdad! Menos mal que ella ha tenido paciencia para aguardar y hasta puede decirse que me ha abierto los ojos.

La idea de que ella había tenido que descararse un poco, le hizo sonreír.

—Desde luego, es tremenda…

Llamó el teléfono.

—¡Hola, encanto! —Se adelantó a saludar Wolf.

Una voz fría, impersonal, respondió:

—Es una lástima que la cara de esa chica quede como la de Lou Hummers.

Sin darle tiempo a responder, ni a preguntar nada, colgaron el aparato telefónico.

El leve ruido repercutió en el cerebro de Clayton Wolf como una descarga de diez cañones.

Colgó, se aseguró de que su «German Luger» se hallaba presta para entrar en acción y salió como un rayo.

—Tomaré el primer taxímetro que encuentre y me largaré allí. Singer habrá llegado ya…

En semejante momento, Clayton Wolf no tenía una idea muy exacta de lo que podría hacer, ni de si resolvería algo acudiendo al lugar desde donde le había telefoneado Lya Wren; pero sabía que

era el punto desde el cual debería partir su acción o su investigación.

¿Hasta dónde?

Se encogió de hombros.

—Ya veremos. Pero como le haya sucedido algo a ella, no va a quedar un solo «gángster» en Nueva York aunque me tenga que liar a tiro limpio con ellos y me coloque al margen de la Ley.

La idea de que a Lya le podía haber sucedido algo semejante a lo de Hummers, lo colocaba en el disparadero.

Había llegado a la calle y se dispuso a cruzar.

Oteó en dirección al aparcadero donde solía haber taxímetros en espera de pasajeros.

—¡Qué contrariedad! Cuando se necesita uno es cuando no se encuentra.

Tras una vacilación se decidió a cruzar la calzada.

Clayton Wolf, pendiente de hallar un taxi, no advirtió que por la amplia calle, de escasa circulación rodada, avanzaba silenciosamente y a toda velocidad un automóvil a su encuentro, con las luces apagadas para no llamar la atención.

CAPÍTULO V

De forma instintiva, Clayton Wolf volvió la cabeza y advirtió la presencia del reluciente vehículo que casi se le echaba encima ya.

Saltó ágilmente hacia atrás, casi en el mismo momento en que el automóvil llegaba a su altura.

Pero el vehículo, en lugar de seguir marchando, se había desviado ligeramente y se produjo un fuerte chirrido de frenos así como el ruido de las ruedas al patinar sobre el asfalto.

Giró el auto ligeramente a consecuencia de la misma maniobra y al mismo tiempo se abrió bruscamente la portezuela.

La imagen de Lou Hummers se le presentó en la mente de forma automática.

Mientras se producía en él semejante proceso mental, su brazo izquierdo se movió para cubrir la vista con el antebrazo.

Saltó ágilmente de costado para esquivar y cubrirse mejor y con la diestra sacó la pistola.

Percibió un choque en el antebrazo izquierdo a tiempo que él disparaba.

Oyó un gemido, el ruido del automóvil que se ponía rápidamente en marcha y el de cristales que saltaban hechos trizas.

Intuyó que había salvado la vista y descubrió sus ojos a tiempo que hacía fuego de nuevo.

Vio asomar dos armas automáticas por los cristales rotos.

Pero ante sus disparos, las armas automáticas desaparecieron de la vista.

Uno de los hombres que ocupaban el automóvil cayó a la calzada mientras los otros cerraban apresuradamente la portezuela.

El vehículo, apagadas aún sus luces, se deslizó a una velocidad suicida.

—¡No escaparéis!

Brotaron en rápida sucesión las lenguas de fuego de la «German

Luger» de Clayton Wolf, persiguiendo al vehículo fugitivo.

Los, escasos transeúntes corrieron buscando refugio en los portales de las casas, gritando asustados.

En el asfalto de la calle quedaron Clayton Wolf, erguido, desafiante, haciendo fuego, y el hombre que había caído del automóvil, encorvado, formando la figura de una hoz sobre el piso.

Del automóvil, por su ventanilla trasera, partieron varios disparos del arma automática que fueron señalando el piso, buscando la desafiadora figura del agente del F.B.I.

Pero antes de que la rociada de proyectiles llegase a él, el vehículo dio una aparatosa voltereta, despidió una fuerte llamarada y fue a estrellarse ardiendo contra otro automóvil que se hallaba aparcado y cuyos ocupantes habían corrido a refugiarse en un portal al escuchar el tiroteo.

Clayton Wolf corrió a un bar vecino, arrojó al suelo su americana y corrió al lavabo.

Había recibido ligeras salpicaduras que comenzaban a escocerle y se apresuró a lavarse.

Cuando estuvo seguro de que se había desprendido del ácido sulfúrico, se secó.

Desde el mismo bar se puso en contacto por teléfono con el fiscal del distrito para darle cuenta de lo sucedido.

Un botones subió a su casa por otra americana para evitar tener que darle explicaciones a su madre.

—Ella está un poco sorda y es casi seguro que no se habrá enterado de lo sucedido. Le dices simplemente que la americana se me ha quemado al tratar de salvar a una de las víctimas.

—Sí, señor.

Clay echó un vistazo al hombre que había quedado tendido en medio de la calle.

—Desconocido —murmuró.

Había llegado rápidamente un equipo de extinción de incendios que sofocó rápidamente el fuego que se había propagado al otro automóvil.

Clayton, valiéndose de su condición de agente, se abrió paso hasta el automóvil siniestrado y preguntó:

—¿Qué hay de la gente que iba dentro?

—Carbonizada. Alguno trató de salir, pero quedó a mitad.

El hombre que había hablado señaló para un cuerpo que había intentado escapar por una de las ventanillas, quedando con medio cuerpo fuera del vehículo.

Se acercó luego el agente hasta el lugar del conductor, que había quedado doblado sobre el volante.

—Imposible de reconocer. Aunque no parece que pueda ser Tom Perkins —murmuró.

La idea de que tal vez Lya estuviese agonizante, con la cara quemada, le aguijoneó.

«Pero no. Primero habrán deseado inutilizarme a mí. Si corro, puede que llegue a tiempo».

La presencia del fiscal del distrito le libró de la inquietud, más viva por momentos, que sentía.

Tras saludarle, se disculpó:

—Dispense que le tenga que dejar aquí con esto; debo darme prisa, pues alguien puede estar en peligro.

—Vaya usted a dónde sea. Cuando tenga ocasión, ya pasará por mi oficina si le interesa.

—Pasaré cuanto antes.

—Parece que vuelve la actividad de esta gente…

—Los sucesos, después de lo de Lou Hummers y Martha Hollen, se irán precipitando de forma encadenada, unos tras otros, basta que se haga una buena limpieza.

—El que le hayan atacado a usted significa que está sobre una pista segura.

—Eso mismo he considerado yo.

—Entre nosotros, Clayton Wolf. Pensaba rogarle que me visitase en mi oficina…

El fiscal se detuvo temiendo molestar al joven agente; éste lo comprendió así y le animó a seguir.

—Diga usted sin reparos lo que sea.

—Burton Omaha se me ha quejado de que usted lo ha tratado de forma inadecuada en su propia casa.

—Es posible, pues le he soltado alguna verdad molesta. A Omaha, desde que tiene dinero, parece que se le ha hecho un cutis muy sensible.

—Asegura que usted le odia por no sé qué asunto de faldas de hace algunos años y que le prometió vengarse.

—Dígale de mi parte que es un embustero rematado. Él trata de esgrimir eso porque empieza a verse cogido entre la espada de la Ley y la muralla que significaba para él la competencia de Don Pocatello.

—¿Anda Don mezclado en esto?

—Estoy convencido de que andan los dos. Pero hay que conocer qué parte lleva cada uno y demostrarlo después. En fin, ya le veré. No debo detenerme ni un segundo más.

El botones que había subido a su casa, le entregó la americana que había pedido.

Y Clayton tomó un taxi que pasó libre en aquel momento.

—Debo aprovechar la ocasión. Me voy a dar una vuelta por Chinatown para tratar de ver a un antiguo camarada…

La sonrisa que acompañó tal frase, hizo comprender al fiscal.

Wolf dio al chofer la dirección del lugar donde confiaba encontrar aún a Lya…

Y comentó para sí:

—Si no le ha sucedido nada…

Una vez en marcha el taxi, Clayton completó el cargador de su pistola, reponiendo los proyectiles que había disparado.

—Como poco, son cinco granujas menos que tiene que soportar la sociedad.

Era el epitafio que dedicaba a los hombres que le habían atacado, que habían intentado dejarle ciego, tal como habían hecho con Lou Hummers.

Volvía a su imaginación la figura de Lya.

Se la imaginó primero vigilando los movimientos de Tom Perkins y después sufriendo un brutal ataque semejante al que había hecho fracasar no hacía mucho contra su persona.

—Pero ella está indefensa… —comentó para sí.

Al desembocar en la calle desde la cual le había telefoneado Lya, descubrió Wolf a su compañero Singer, que vigilaba el lugar donde la linda pelirroja le había dicho que estaba Perkins.

—Esto va resultando tranquilizador…

Indicó al chofer el bar donde debía hallarse Lya, a poca distancia de donde Singer se había estacionado.

Y ya antes de que el vehículo se hubiese detenido, vio a la linda pelirroja, sentada ante una mesa cercana a un gran ventanal.

Lya tenía ante sí un refresco del que había consumido más de la mitad y parecía absorta en la lectura de un periódico, aunque la realidad era que no perdía de vista el punto donde había visto entrar a Tom Perkins.

Al detenerse el taxi, Wolf se asomó a la ventanilla y llamó la atención de Lya golpeando en los cristales de la misma.

La joven levantó la cabeza y Clay le hizo seña de que acudiese.

—Parece muy satisfecha de sí misma —comentó Clay mientras Lya abandonaba su silla y se dirigía con su gracioso y elástico andar en su busca—. ¿Cómo he podido estar tan ciego que no me he dado cuenta de que tenía tanta belleza cerca de mí?

Al llegar Lya, abrió la portezuela del coche.

—¿Qué pasa?

—Sube…

—¡Él está ahí!

—Sube y no te preocupes…

La tomó de la mano para ayudarla a subir, y, tras hacerla sentar a su lado, dio orden al chofer de continuar.

Cuando el vehículo se puso en marcha, Clayton atisbó por la ventanilla trasera, cubierta por una pequeña persiana de plástico.

Inmediatamente advirtió que un hombre hacía una leve seña desde la acera y que, de un garaje inmediato, salía un automóvil.

—Conviene que mires hacia atrás e irás aprendiendo.

Obedeció Lya y llegó a tiempo de ver que el automóvil salía a la calle y que el hombre que había hecho la seña, subía en él.

—¿Qué te parece? ¿Crees que eres tú la única que vigilaba?

—Parece que no.

—Vas a prometerme desaparecer de todo este jaleo, muñeca.

—¿Por qué?

—Hay demasiado riesgo. Esta gente no amenaza en vano.

—¿Dejamos ahí a Tom Perkins?

—Alguien se encargará de él, no te preocupes…

—¿A dónde vamos, si se puede saber?

—A tu casa. ¿Has ido a cenar?

—No.

—Pues ya es hora.

—Sí.

Se la advertía irritada.

—Parece que te divierte jugar con fuego. Te he dicho que esa gente no amenaza en vano.

—Bien. ¿Y qué?

—No hace mucho han intentado dejarme ciego. Les he hecho fracasar, como podrás imaginar.

Lya miró a Clay con expresión que reflejaba curiosidad y susto a la vez.

—¿Te resiste a creerlo? Ahora pasaremos por frente a mi casa. Veras aún, carbonizado, con sus ocupantes, si no los han retirado ya, el coche que emplearon para el ataque.

El joven agente mostró las ligeras señales que las salpicaduras del vitriolo habían dejado en su cara y manos.

—Pude cubrirme a tiempo y gracias a eso me he podido salvar…

Volvió Wolf a asomarse por la ventanilla trasera del vehículo y comprobó que la persecución iniciada a poco de recoger a Lya, proseguía.

Dio instrucciones al chofer.

Poco después llegaban cerca del punto donde había sido atacado por los «gangsters».

El fiscal se hallaba actuando aún con sus ayudantes y había Policía en abundancia en torno al coche siniestrado.

—Muñeca, vas a estarte quietecita ahí dentro y seguirás hasta casa. ¿De acuerdo?

—Supongo que no tendré más remedio que obedecerte.

—Exactamente.

El automóvil perseguidor dio la sensación de que les quería pasar, pero el chofer del taxi maniobró tal como Wolf le había indicado, impidiéndolo.

Llegaban al lugar donde estaba el automóvil incendiado.

El taxi aminoró su marcha. Wolf, que había abierto la portezuela, saltó y volvió a cerrar.

El portazo indicó al chofer que debía continuar y lo hizo.

La maniobra del joven agente había llamado la atención del fiscal, quien comprendió inmediatamente qué sucedía algo anormal.

Pero sorprendió más aún a los ocupantes del coche perseguidor, quienes, cuando se dieron cuenta de lo que sucedía, vieron que Wolf había saltado al estribo del coche y amenazaba al chofer con su pistola.

—¡Quieto! ¡¡Quietos todos!!

—¡Esto es un atropello! —exclamó uno de los ocupantes del automóvil.

—Eso lo veremos inmediatamente. Por favor, fiscal. Temo que esa gente va a armada y son compañeros de los que me han atacado antes aquí mismo.

A una seña del fiscal, algunos policías rodearon el automóvil y sus ocupantes fueron obligados a bajar de uno en uno.

—¡Esto no se puede tolerar! —gritó otro de los hombres.

A una orden del fiscal, los hombres fueron cacheados, encontrándoseles armas encima a todos ellos.

Ninguno de ellos llevaba licencia para uso de armas y el fiscal ordenó secamente:

—Llévenselos a todos. Tenencia ilícita de armas. Mañana me ocuparé del asunto.

Los detenidos hubieron de pasar a un coche de la Policía.

El chofer protestó:

—¡Eh, mi coche!

—No te preocupes, pelirrojo —respondió un policía—. Lo llevaré yo y lo trataré como a una novia.

—Te acordarás de mí si no lo haces así, polizonte —expresó el detenido.

El policía se sintió molesto por el despectivo apelativo y aprovechó, que el fiscal no le observaba para desplazar su izquierda que llegó con precisión matemática a la altura del hígado del otro.

—¡Hup! —gimió el pelirrojo.

—Aprenderás a ser corrector con los amigos. Vamos, sube o no respondo.

Se llevaron a los detenidos.

Wolf fue interpelado por el fiscal:

—¿Eso nos va a servir para algo?

—Puede que sí. Por lo pronto, dejarán de molestar unos días.

—Pagarán la multa.

—Veremos quién se esconde detrás del que saque cara por ellos y lograremos ir despejando el horizonte. Por ahora, está turbio aún.

—Parece que tienen gana de fastidiarle. Wolf. Yo que usted, me cuidaría.

—Ya lo hago. No crea que me preocupan gran cosa. En esa

ocasión no iban por mí, sino por la chica que llevaba yo en el taxi.

—¿Llevan vitriolo en el coche? No hemos mirado.

—Ahora veré, pero no creo. Iban en plan de vigilancia.

La inspección de Clayton resultó negativa.

—Nada de vitriolo ni nada de nada —dijo Wolf, dirigiéndose al fiscal.

—Mejor para ellos.

Se despidieron los dos hombres y el agente del F.B.I., volvió a donde le aguardaba Lya en el taxi.

La joven demostró lógica ansiedad.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada que valga la pena, muñeca. En esta ocasión no llevaban vitriolo.

—¿Lo ves? —expresó ella, triunfante.

—Sólo pistolas ametralladoras. A mí intentaron regarme con ellas después de fracasar con el vitriolo. Con esta gente no puedes saber nunca qué broma te van a gastar.

Lya se estremeció, aunque procuró disimular su emoción.

—Y ahora te voy a dejar en casa con recado exclusivo de que no dejen que te muevas.

—¡Eso no, por favor! ¡Yo me estaré quieta, pero no digas nada!

—Está bien. Pero tienes que ser formalita, muy formalita…

—De acuerdo. Seré juiciosa.

—Ahora ya te has «ambientado» bien. Y como habrás podido ver, el juego de detective se pone a veces un poco peligroso.

—Tanto, que he pensado que no me casaré contigo a menos que lo dejes.

—Todavía no te he propuesto que nos casemos.

—Pero me lo propondrás cuando yo te lo diga. ¿Qué te has creído?

Estaban dentro del taxi y Lya irguió el busto, desafiadora.

Wolf deslizó una mirada acariciadora por las sugestivas redondeces de la joven.

—¡Está bien, muñeca! Posees unos argumentos que, si te empeñas, deben resaltar irresistibles. Tú ganas. ¿En marcha?

—En marcha.

Al arrancar el automóvil, Lya recostó su cabeza sobre uno de los hombros de Wolf.

—¡Eh, jovencita! ¡Que me haces cosquillas en la nariz con tus rizos!

—¿Es eso todo lo que se te ocurre? No eres demasiado romántico. Pensaba darte un beso al despedimos, pero así, te quedarás con las ganas.

—Creo que prefiero quedarse con las ganas. Necesito mucha tranquilidad estos días y creo que tú puedes llegar a hacérmela perder.

Volvió a mirarla con expresión acariciadora, al tiempo que suspiraba.

—¿Ves? Eso ya está mejor —dijo Lya.

Y su fina mano de dedos sensitivos acarició la tosca mano del hombre.

—Tienes unas manos muy fuertes —suspiró ella.

CAPÍTULO VI

Después que dejó a Lya, antes de reunirse con Singer, llamó Clayton Wolf a la oficina.

No le sorprendió en absoluto que fuese el propio Geyer quién se pusiese al teléfono.

—Tenía usted razón, Wolf. El fiambre no era Tom Perkins.

—Ya he visto a Singer guardando a nuestro hombre.

—Lo malo es que, según parece, le han dado esquinazo. Esa gente está bien organizada y es endiabladamente astuta.

—¿Qué ha sucedido?

—Dio la sensación de que Tom Perkins salía en un coche y Singer le siguió hasta que se dio cuenta de que corría detrás del fantasma de Tom.

—¿Cómo lo sabe?

—Se había llevado un coche de los nuestros, equipado con radio y acaba de comunicar.

—¡Eso es muy bueno!

—¡No creo que sea para echarse a reír!

—Pero puede significar que Tom necesita despegarse a Singer porque va a actuar.

—Podría ser.

—No hay duda. Tom Perkins ha venido de Chicago.

La gente que he visto hasta ahora en este asunto no es conocida en nuestra ciudad.

—¿Y cómo interpreta eso?

—La banda de Burton Omaha había sido prácticamente disuelta salvo los guardaespaldas que le acompañan y algún tipo que otro que tiene en sus «nigth clubs».

—Es cierto. Licenció a todos los otros.

—Considero que ha traído a esta gente para que hagan lo que hayan de hacer y se vuelvan a largar. Es menos comprometido que

mantener una banda.

—Hasta ahora va bien. Siga.

—Tom Perkins es un as del volante y lo han traído para algo gordo. A un hombre así no se le trae para una faena que pueda hacer cualquiera.

—Muy cierto.

—Opino que ha llegado el momento en que Tom Perkins tiene que actuar y por eso han despistado a Singer.

—No me extrañaría que fuese así. Hasta ahora ha ido poniendo usted el dedo en la llaga, Wolf. Movilizaremos a toda la gente de que se puede disponer y trataremos de localizar al tal Perkins.

—Precisamente es lo que le iba a pedir.

—¿Y usted?

—Me lanzaré también por mi cuenta.

—Aguarde ahí y le recogerá un coche. Le pondré un buen conductor.

—Si está libre Worth, me gustaría que fuese él.

—Está libre. Será él quien le acompañe.

—Gracias.

—Pues nada más. Suerte.

—Un momento, señor.

—Diga, Wolf.

—Haga el favor de decirle a Worth que vaya a recogerme a la Washington Square. Que de vueltas por allí. Yo lo descubriré.

—De acuerdo. Llevará un automóvil equipado con radio y a prueba de balas.

—Gracias otra vez, señor. No tendría nada de particular que nos hiciese falta.

Clayton Wolf deformó su sombrero, colocándoselo de una forma un poco absurda.

Después se desposeyó de la corbata y se subió el cuello de la americana, metiendo las manos en los bolsillos de los pantalones.

Pese a la sencillez de las variaciones introducidas en su indumentaria, al pasar frente a un escaparate pudo darse cuenta de que su aspecto había variado de manera sensible.

—Esto y la noche tal vez me ayuden a pasar inadvertido.

Sus movimientos variaron también al andar, perdiendo su innata elegancia y la flexibilidad propias del deportista.

Lograda su transformación, se introdujo en Chinatown, caminando en dirección al punto donde había recogido no hacía mucho aún a Lya Wren.

Eludió diestramente las zonas mejor iluminadas y, cuando no tenía más remedio que cruzar por ellas, echaba mano con la diestra al ala de su sombrero, la cual bajaba más sobre sus ojos.

Al llegar frente al garaje de donde había salido el automóvil que les había seguido, se metió sin vacilación alguna en un pequeño y oscuro portal.

Y una vez dentro de él, volvió atrás para situarse en un punto desde el que podía observar sin ser visto.

Las puertas del garaje se hallaban entornadas.

—No iría mal hacer una redada ahí dentro.

Pero sabía de sobra que no podría hacer un registro sin un motivo que lo justificase plenamente; y el hecho de que hubiese salido de allí el automóvil donde iban los hombres detenidos por tenencia ilícita de armas, no era suficiente.

La mirada de Wolf fue hasta un amplio ventanal del primer piso, que se hallaba bien iluminado.

Según le había dicho Lya, había visto allí en dos ocasiones la silueta de Tom Perkins.

A poco de estar allí, en un espacio de tiempo relativamente corto, vio cruzar ante el ventanal las siluetas de tres hombres.

Ninguno de ellos es Tom Perkins.

Pasó un rato sin ver a nadie; consultó su reloj.

—¿Y si estuviese perdiendo el tiempo? Pero no…

Desde el lugar en que se hallaba oyó el repiquetear de un timbre telefónico, ruido que le llegó considerablemente debilitado por la distancia.

—Debe ser en ese primer piso…

Distinguió entonces la silueta de una mujer que cruzó rápidamente tras el ventanal. La vio alargar su brazo derecho y a continuación desapareció casi por completo, quedando a su vista únicamente una parte mínima de su fina silueta.

—¡Cáspita! Esta chica es la que acompañaba esta tarde a Tom Perkins…

Por sus movimientos comprendió que accionaba mientras hablaba por teléfono.

El movimiento de su cuerpo le indicó que había colgado. Volvió a aparecer la silueta de su busto en el ventanal y se alejó, hasta no verse más que su cabeza.

Continuó hablando la mujer, accionando con cierta viveza.

Y poco después vio Clayton que un hombre se levantaba de un asiento, quedando la cabeza y parte de su busto a la vista.

—¡Es Tom Perkins! Y Singer estará probablemente siguiendo a otro.

La mujer echó los brazos al cuello de Perkins y éste se dejó besar.

—Eso es muy característico en él. Siempre dominando…

De improviso se dio cuenta de que estaba a punto de perder su contacto con Perkins y se dispuso a salir para, desde el bar vecino, llamar a Geyer.

—Le diré que me envíe a Worth aquí…

Actuó con rapidez, recibiendo la respuesta de Geyer.

—Comunicarán inmediatamente desde cabina con Worth para que le recoja ahí…

Colgó el aparato telefónico y salió.

Inspeccionó la calle bastante frecuentada a aquella hora y en la que no era difícil pasar inadvertido.

Mientras aguardaba, consultaba impaciente las saetas de su reloj, calculando el tiempo que tardaría en llegar el recado radiotelefónico a Worth, y el tiempo que tardaría éste, luego, en llegar desde la Washington Square al lugar donde le esperaba.

Llevaba cinco minutos aguardando después de telefonear a Geyer, cuando vio que se abrían las puertas del garaje para dar paso a un potente automóvil.

Desde donde se hallaba, Clayton Wolf no podía ver el rostro del conductor, aunque por la forma de hacer la maniobra de salida se dio cuenta inmediatamente de que se trataba de Perkins.

—Es él…

No pudiendo hacer otra cosa por el momento, tomó nota mentalmente del número de la matrícula.

Y hubo de dominar su impaciencia al ver que el automóvil, tipo «Sedán», pintado de negro, se alejaba velozmente.

Dos hombres quedaron vigilando en la puerta del garaje para ver si alguien se movía en seguimiento del coche conducido por

Perkins.

Y cuando el negro «Sedán» desapareció en la esquina próxima, volvieron a meterse en el garaje, cerrando sus puertas.

La mirada de Wolf subió hasta el ventanal iluminado.

La luz del departamento había sido apagada instantes antes, pero percibió aún a la mujer, que se retiró al perder de vista al auto de Perkins.

En la calle, procedente de la parte por dónde esperaba a Worth, penetró un taxímetro.

—Viene libre. Subiré a él y que la suerte me sea propicia.

Pero antes de hacer seña al vehículo de servicio público, vio aparecer al fin el coche que conducía Worth y cuyo aspecto exterior no denotaba el servicio a que estaba destinado.

El automóvil se detuvo en el lugar que le había sido señalado y Worth miró, tratando de descubrir a Wolf, quien al quedar cubierto por el vehículo, se despojó del sombrero y se acercó, abriendo la portezuela.

—Adelante a toda velocidad. Tuerza por la primera esquina a la derecha. Puede que tengamos suerte…

Partió el vehículo mientras Wolf se acomodaba en él.

Una vez sentado volvió el cuello de la chaqueta a su posición normal, arregló el sombrero y sin desatender lo que era esencial se preocupó de ponerse la corbata.

—¿Qué ha sucedido, Worth?

—Llevamos el emisor estropeado y menos mal que cuando llegaba el aviso acababa de arreglar el receptor.

Wolf dio al chofer las características del coche conducido por Perkins.

—Tenga en cuenta, Worth, que Tom Perkins, que va al volante, es un verdadero diablo.

—¿Es el que fue famoso gracias al escándalo de Indianápolis?

—El mismo.

—Estaba entonces yo allí. Y le he visto correr también en otros lugares.

Hablaban sin dejar de marchar a toda velocidad, siguiendo Worth las indicaciones de Wolf.

—Entonces sabe ya perfectamente con quién nos las tenemos que ver.

Salieron a la Octava Avenida siguiendo la inspiración de Wolf y estuvieron a punto de chocar con el automóvil que tan afanosamente buscaban, el cual se había detenido a recoger a dos hombres.

—Hemos tenido suerte —expresó Wolf.

—Sí.

—Cuando ha salido, iba Tom Perkins solo y ahora, con estos dos que ha recogido, van cuatro ya.

—Y no le extrañe que recojan aún más gente. Dan la sensación de que van en plan de «trabajo».

—Precisamente.

Al llegar a las cercanías de la estación de Pennsylvania volvió a detenerse el «Sedán» para recoger a otros dos hombres.

—Tal vez esté ya el completo.

—Es casi seguro. Cuidado ahora…

Tom Perkins buscó salida a las calles amplias y de menos circulación, llegando al fin a la Riverside Drive por la que se lanzó al máximo de velocidad que les era permitido.

El casco de la ciudad no tardó en quedar atrás, metiéndose por las carreteras que se dirigían hacia el Norte.

En varias ocasiones perdieron de vista el automóvil conducido por Perkins, volviendo a encontrarlo gracias a la idea, más clara cada vez, que tenía Wolf del lugar al cual se podían dirigir.

Llegó un momento en que el automóvil desapareció, haciendo que tanto Wolf como Worth se sintiesen desorientados.

—Creo que haría bien en meter el coche en ese bosquecillo y aguardaremos.

—¿Cree que volverán?

—Espero que sí; y no creo que anden muy lejos. Dejó de oírse el zumbar del motor…

—¿Qué piensa usted que se llevan entre manos? —preguntó Worth.

—¿No imagina una lancha deslizándose silenciosa por la corriente del Hudson?

—No resultaría tarea difícil pasar inadvertidos en una noche sin luna como ésta —admitió Worth.

—Voy a dar una vuelta en plan de exploración.

—¿Solo?

—Sí. Intente arreglar en tanto el emisor, para ponernos en contacto con nuestra oficina en caso de necesidad.

—No debiera dejarle ir solo.

—No hay más remedio que arriesgar. Pero no se descuide usted aquí.

—No me descuidaré en absoluto.

—Si viese algún vigilante de carretera, que le haga compañía. Si veo yo alguno, se lo enviaré.

—Tal vez fuese mejor que lo llevase con usted.

—En lo mío, cuantos menos vayamos, menos riesgo de ser vistos.

—Como quiera.

—Hasta ahora.

—Suerte.

Clayton Wolf se metió en la zona de bosque, más espeso a medida que se alejaba de la carretera, acercándose a la orilla del río.

Se deslizaba el joven agente con habilidad, con el silencio de una sombra.

Se detenía frecuentemente a escuchar y en un momento dado advirtió la presencia de algunos hombres por el rumor de una conversación sostenida en voz baja.

—Sería interesante saber lo que hablan, pero resultaría expuesto.

Se acercó un poco, redoblando precauciones y descubrió al fin la masa de un automóvil.

—Es el que llevaba Tom Perkins, no hay duda.

Continuó entonces su progresión.

Al fin descubrió a Perkins, que se hallaba en pie, apoyado en la parte delantera del coche.

Le acompañaba el hombre que primero se había reunido con él y ambos conversaban en voz baja.

Otra de las parejas, la que primero le había visto recoger, se hallaba en plan de vigilar entre el automóvil y la carretera. Se mantenían silenciosos, tendidos en el suelo.

—Parecen atentos a la carretera, lo cual significa que aguardan a alguien. Pero ¿y los otros dos que iban con ellos?

Continuó su avance y los descubrió también, vigilando al mismo

borde de la carretera, ocultos tras sendos árboles.

Experimentó Clayton tentaciones de seguir avanzando.

—Pero no. Ellos pueden marcharse en un momento dado y no me daría tiempo para reunirme con Worth. Y cuando llegase al coche, sería improbable ya que pudiésemos darles alcance.

Regresó hacia su automóvil con el mismo sigilo con que se había producido anteriormente.

—¿Cómo va eso, Worth?

—Temo que no está en mis manos darle una solución satisfactoria. ¿Cómo le ha ido el viaje?

—He sido afortunado. He visto a Perkins y a sus cinco compañeros.

—¿Qué hacen?

—Esperan.

—¿Están cerca del río?

—No. Les preocupa la carretera.

Worth pareció desconcertado.

—¿La carretera?

—Sí. Estoy seguro de no equivocarme.

—¿En qué sentido?

—El contrabando lo hace la gente de Don Pocatello. Y éstos, que trabajan para Burton Omaha, tratan de apoderarse del contrabando.

Worth se frotó las manos con entusiasmo.

—¿Qué papel va a ser el nuestro?

Clayton Wolf se encogió de hombros con expresión de perplejidad.

—Si no puede arreglar eso, estamos prácticamente aislados y no creo que sea cosa de colocamos entre los dos colosos para que nos aplasten.

—Comprendo. Total, que he de tener el coche dispuesto para marchar.

—Exactamente.

Mientras Wolf vigilaba, Worth continuó durante unos minutos tratando de arreglar la avería en el emisor, dándose al fin por vencido.

—No tiene solución.

—Pues déjelo.

—¿Puedo poner el receptor? Tal vez estén tratando de

comunicar con nosotros.
—No. Podría delatar nuestra presencia aquí. Yo les he oído hablar a ellos y eso que lo hacían en voz baja y bien controlada.
—Tiene razón…
Se produjo el leve zumbido de un motor al ser puesto en marcha y Worth saltó al volante de su coche.
—¡Atención, Clayton Wolf! ¡Deben ser ellos!
Wolf, que prestaba atención también al zumbido que Se percibía, dijo:
—Sí, no hay duda. El ruido viene precisamente del lugar donde se halla el coche estacionado.
Worth, en tanto, sin aguardar órdenes, ponía en marcha el motor de su automóvil, haciendo apenas ruido.
El joven agente tomó asiento a su lado.
—Parece que viene otro coche por la carretera.
—Sííí…
—Debe ser la presa que aguardan… Vaya sacando el coche lentamente, sin encender las luces.
—Sí. ¿Se ha fijado en un detalle?
—Me he fijado en más de un detalle. ¿Cuál es el, suyo?
—No hemos visto un solo vigilante de carreteras en todo este tiempo.
—Puede que hayan hecho algún simulacro en cualquier otro punto para atraer la atención de todos hacia allí.
—Es lo que estaba pensando. ¡Y este maldito emisor sin querer funcionar!
—No se preocupe. Adelante.
Señaló Wolf la dirección y se fueron acercando hacia el lugar de donde debía salir Tom Perkins con sus compinches.
Llegaron hasta el mismo borde de la carretera.
Oyeron el trepidar próximo del motor del auto de Perkins e incluso hubieran visto al vehículo con sus ocupantes a no ser por un seto vivo que, con algunos árboles, separaba a unos de otros.
Vieron llegar un automóvil gris a toda velocidad por la carretera y el «Sedán» negro que conducía Perkins, sin encender las luces, salió al camino, limitando el lugar de paso al otro coche, tratando de obligarlo a que se detuviese.
El conductor del coche gris no perdió la serenidad y pisó el

acelerador a fondo, adelantándose a la maniobra de Tom Perkins.

Y a tiempo que aumentaba la velocidad, manejaba el volante con precisión, esquivando el automóvil de Perkins.

Hubo de salirse por un lado de la pista a riesgo de estrellarse contra los árboles.

Pero volvió a maniobrar para meter al automóvil en la carretera, manteniéndolo por décimas de segundo con dos ruedas en el aire para volver a pisar el asfalto con las cuatro y continuar su veloz marcha por el centro de la pista.

—¡Magnífico! —exclamó Wolf.

—Ese tipo no tiene nada que envidiarle a Tom Perkins —dijo Worth con entusiasmo.

El automóvil gris, potente, pasó como un rayo.

Y a no mucha distancia de él siguió el automóvil conducido por Perkins, dispuesto su conductor a evitar que se produjese el fracaso.

Volaban los dos vehículos sobre la pista, a la que daban la sensación de que le arrancaban chispas.

Wolf apenas si tuvo tiempo de ordenar:

—¡Adelante! En realidad, el que nos interesa es el automóvil gris.

—¡O.K.! —expresó Worth, dispuesto a no dejarse ganar la batalla.

Los del automóvil gris, aunque de forma paulatina, fueron sacando algo de ventaja a los de la banda de Burton Omaha, pese a los esfuerzos de Perkins, que llevaba el acelerador al máximo.

Pero si los del automóvil gris sacaban ventaja a los del «Sedán» negro, unos y otros dejaban atrás al automóvil del agente del F.B.I., quien animó a Worth:

—¡Sin perder los nervios, adelante! Ellos habrán de enfrentarse y será nuestra ocasión…

—No podrán mantener ese tren endiablado durante mucho tiempo…

El coche gris continuaba a la misma endiablada velocidad y sus ocupantes, en tensión, oscilaban la vista entre la manecilla del indicador de velocidades y el coche que los perseguía que, en un esfuerzo de Tom Perkins, mantenía distancias en los últimos segundos.

Max Hoppins, jefe del grupo que iba en el coche gris, sacó su

ametralladora ligera «Thompson» y con la mirada indicó a sus hombres que debían imitarle.

Después se dirigió al chofer:

—Cuando te avise, vas a frenar en seco. Vamos a darles una lección a esos tipos…

Tom Perkins, por su parte, se había dirigido al jefe del grupo que iba en el «Sedán» negro.

—Aquel coche es mejor. No hay manera de alcanzarlo. Voy al máximo y se va a producir un desastre si fuerzo la marcha.

—¿Entonces…?

—Hay una solución —expresó fríamente—. Fuego con ellos…

—Detrás llevamos otro coche, no sé de dónde ha podido salir… Parece que se esfuerza en alcanzamos…

—Primero vamos con los de delante. Y cuando terminemos con ellos, veremos lo que pasa con los otros.

—¡Ha sido una lástima fallar cuando hemos salido!

—No podía lanzarme contra ellos porque nos hubiésemos destrozado todos. Y ese tipo que va al volante sabe lo que se lleva entre manos… ¿Lo conocéis?

—Le llaman el «Tigre»… Fue boxeador…

Los ojillos de Perkins advirtieron el movimiento que se producía en el coche gris y exclamó con expresión de alarma:

—¡Vivo! ¡Las ametralladoras o serán ellos los que comenzarán el concierto!

—¿Sí? ¡Eso está por ver…!

Se situó el jefe del grupo en actitud de disparar.

—¡A ellos, muchachos! ¡Yo tiro a las ruedas! ¡Tirad vosotros alto, antes de que se nos adelanten! ¡Vivo!

Con la última palabra, pulsó el disparador de su ametralladora ligera.

Los primeros proyectiles de la ráfaga fueron un poco altos, pero el hombre fue bajando la puntería hasta que alcanzó una de las ruedas.

Se produjo el reventón al mismo tiempo que los otros *gangsters* soltaban las ráfagas a mayor altura, bajando luego, a medida que se iban acercando a ellos.

El coche gris experimentó una fuerte sacudida primero, se ladeó después, dando la sensación de que iba a volcar, pero por un

milagro de pericia en el conductor y no poca suerte, volvió a quedar sobre las cuatro ruedas.

Pero perdió velocidad al cortar su conductor el paso de la gasolina, para evitar que se produjese un incendio caso de vuelco.

Derrapó el vehículo, cabeceó furiosamente y al fin quedó detenido, medio atravesado en la pista.

Los *gangsters* del «Sedán» negro continuaron haciendo fuego, aniquilando a sus enemigos antes de que éstos pudiesen reponerse del intenso vaivén que habían sufrido.

Tom Perkins, sin necesidad de que el jefe del grupo le dijese nada, continuó avanzando velozmente y al llegar cerca del coche de sus enemigos, maniobró con singular pericia, pasando por el espacio justo que había quedado, y detuvo el vehículo negro a la otra parte del gris.

Y exclamó:

—¡Fuego ahora contra los otros! Aquí estamos a cubierto de los tiros de ellos.

Había recobrado en un instante el prestigio que había perdido al fallar su primera maniobra.

El jefe del grupo comprendió perfectamente y apuntó de forma concienzuda a una de las ruedas delanteras del vehículo en que iba Wolf.

—¡Hay que frenarlos! ¡Fuego!

Clayton Wolf, al advertir la maniobra de Perkins, gritó dirigiéndose a Worth:

—¡Quieto! ¡Métalo en el bosque!

El magnífico chofer maniobró de forma adecuada, aminorando velocidad; los proyectiles disparados por los *gangsters*, rebotaron en la carrocería del coche.

Uno de los proyectiles produjo un reventón en una de las ruedas cuando el automóvil marchaba aún.

Se ladeó el vehículo; pero continuó marchando aunque con lentitud hasta que Worth logró meterlo entre los árboles, fuera del alcance de los proyectiles.

Clayton Wolf sacó su pistola.

Worth intentó ponerse a su lado, sacando también un arma, pero el agente le ordenó:

—¡No! Preocúpese de poner la rueda de recambio. Hemos de

seguirles pase lo que pase.

Mientras tanto, los hombres del «Sedán» negro se habían dividido y mientras dos de ellos con sus ametralladoras ligeras inmovilizaban a Wolf, disparando sin cesar ráfaga tras ráfaga contra él, los otros tres se dirigían al coche gris, del cual fueron pasando la carga que llevaba al suyo.

Tom Perkins se mantenía al volante, aguardando a recibir la orden de marcha, fijas sus miradas en las manecillas del reloj.

En un momento dado, exclamó:

—¡Dos minutos! ¡Daos prisa o vamos a tener que lamentar algo!

Los proyectiles que disparaba Wolf pasaban demasiado cerca para aguantar estoicamente.

Uno de los *gangsters* fue alcanzado en un brazo.

Gruñó enfurecido y disparó contra Wolf con terrible ensañamiento.

—¡No te ofusques! —gritó Perkins—. ¡Ése sabe más que todos nosotros de esto!

En un momento había comprendido que se trataba de su antiguo camarada y gruñó a continuación en plan amenazador:

—Quiero que me dejéis a ese tipo para mí. Y va a aprender las consecuencias que puede traer el gastar determinadas bromas.

—¡Ya está todo! —exclamó uno de los hombres.

—¡Al coche todo el mundo! —ordenó el jefe del grupo.

El automóvil se desplazó lentamente mientras recogía a la gente que acudió a él.

Fue el propio jefe quien hizo frente a Wolf hasta el último momento, saltando al fin al automóvil a tiempo que gritaba:

—¡En marcha!

El vehículo partió como una flecha en tanto que Tom Perkins exclamaba:

—A ese hay que dejármelo a mí. Lo que le sucedió a Lou Hummers no será nada si se compara con lo que le va a pasar a él.

CAPÍTULO VII

Wolf, cuando vio que el «Sedán» negro se alejaba a toda velocidad, sin que sus ocupantes cesaran de hacer fuego contra él, se dirigió a Worth.

—¿Cómo va eso?

—Casi terminando.

—¿Le ayudo y terminaremos antes?

—No terminaremos antes por eso.

—Si es así, voy a seguir. Pondré la radio y sabremos algo de lo que dicen…

El «Sedán» conducido por Tom Perkins había desaparecido en la oscuridad y las ametralladoras habían guardado silencio muy poco antes.

Manipuló Wolf el receptor y se oyó a poco la voz del locutor de la oficina del F.B.I.

—¡Atención! ¡Atención! Procuren localizar automóvil verde, ocupado por cuatro hombres, marchan en dirección Norte por las carreteras…

Cerró la radio con gesto de mal humor.

—¡Lo que yo decía! Han traído a toda la policía hacia las carreteras de nuestra izquierda y han dejado esto completamente libre para realizar esta operación.

Iba a despegarse del coche, pero Worth le preguntó:

—¿A dónde va? Esto está ya.

Uniendo la acción a la palabra, quitó el gato y pasó rápidamente al volante.

A continuación maniobró con pericia y sacó el coche a la carretera.

—¡Vamos, suba! También estos granujas han tenido suerte con que se nos haya estropeado nuestro emisor.

Poco después volaban sobre el asfalto para detenerse en el lugar

donde había quedado, atravesado en medio de la carretera, el automóvil gris.

Bastó una ojeada a Clayton Wolf para llegar al convencimiento de que ninguno de los *gángster* se había salvado.

—En medio de todo el mal que hacen, esto significa que la guerra entre Don Pocatello y Burton Omaha se ha declarado. Y muy poco hábiles demostraríamos ser nosotros si no fuésemos capaces de sacar partido de tal cosa.

Wolf inspeccionó someramente el automóvil.

—No han dejado ni rastro. No podemos tener una idea de qué es lo que se han llevado. En fin, no perdamos tiempo… ¡Adelante!

Worth hizo un esfuerzo; pero se había perdido demasiado tiempo y después de varios kilómetros de marcha, dio Clayton la orden de detenerse frente a una estación gasolinera.

Mostró su insignia a un empleado.

—¿Ha visto pasar un «Sedán» negro?

—Hace unos minutos. Iba como un rayo.

—¡No hay duda de que eran ellos! ¡Tantos coches como se estrellan al cabo del día…! ¿Me permite usar el teléfono?

—No hay duda. Pase usted.

Wolf se puso en comunicación con la oficina, siendo el propio Geyer quien cogió el auricular.

—¡Hola, Wolf! Al fin da usted señales de vida. Temí que le hubiese sucedido algo grave.

—El emisor de nuestro coche estaba estropeado. Pero eso no tiene importancia. Hay que tratar de acorralar al grupo que conduce Tom Perkins en un «Sedán» negro. Han destrozado en medio de la carretera a un coche que imagino debe ser de Pocatello.

—¿Dónde ha sucedido eso?

Wolf, de forma concisa, breve, informó al intendente Geyer de todo lo sucedido.

—Ha sido mucha desgracia la nuestra y por eso nos han burlado. No se retire del aparato. Voy a dar la orden para que traten de localizar el «Sedán» negro y la detengan donde lo encuentren.

Wolf aguardó un momento al aparato, hasta que la voz de Geyer volvió a dejarse oír.

—Ya están dando la orden y en este momento se movilizan fuerzas considerables para tratar de detenerles.

Clayton Wolf dio las señas del garaje de donde había salido Tom Perkins así como del piso donde lo había visto con la joven rubia del bar.

—Aquello puede ser una de las guaridas de esa gente. Creo que hay motivos para hacer una redada allí.

—Se hará e iremos ganando tiempo.

—Yo voy a continuar marchando. Puedo tener la suerte de encontrarme el «Sedán» negro, descacharrado. A la velocidad que llevaba, no tendría nada de extraño. Sólo un tipo como Perkins es capaz de mantenerlo con las cuatro ruedas sobre el asfalto sin que se le despiste.

—Le deseo más suerte de la que tuvo hasta ahora. Ha trabajado usted bien y la merece.

—Gracias.

—Su linda pelirroja ha preguntado por usted. Parece que está bastante asustada.

—Que se esté quietecita… Gracias de nuevo.

Poco después Wolf y Worth hacían volar materialmente el automóvil sobre la pista de asfalto.

El aparato de radio fue puesto en marcha y por él siguieron las incidencias de la búsqueda, demostrándoles que resultaba todo infructuoso.

Comenzaron a encontrarse con vigilantes de carretera y autos-patrulla.

Cerca ya de la ciudad abandonaron toda esperanza de encontrar el automóvil en que habían huido los audaces *gangsters*.

El intendente Geyer se disponía a marchar cuando llegó Clayton Wolf.

Daba visibles muestras de hallarse cansado, a pesar de lo cual acogió al joven agente con verdadero agrado.

—Es usted incansable. Creí que estaría reventado. Yo, que apenas si me he movido de aquí, estoy que no puedo más.

—Yo estoy cansado también. Lo que sucede es que procuro disimularlo. Pura vanidad, señor.

—Ha sido encontrado el «Sedán» negro.

—¿Hace mucho?

—Diez minutos. Lo abandonaron antes de entrar en la ciudad.

Seguramente pasaron el cargamento a otro coche que les estaría aguardando y ellos se distribuyeron para no ofrecer sospechas.

—Sí. Es la forma de entrar en la ciudad salvando el cordón de policía.

—Ya he dado orden de que dejen circular, entrar y salir, sin molestar a nadie.

—Me parece lógico.

—El automóvil era robado. Su dueño está fuera de toda duda.

—¿Y el registro del local en Chinatown?

—Decepcionante también. Sus dueños están fuera y esta gente lo ha ocupado hoy para sus fines, abandonándolo luego.

—Pues estaban allí como si fuera en su propia casa.

—Ya lo imagino. Pero cuando llegamos nosotros, no había nadie ya.

Clayton Wolf se sintió decepcionado. Y se encogió de hombros.

—Bien. Una batalla que hemos perdido cuando, a no ser por la desgracia, hubiera podido ser ganada. Nos queda Tom Perkins al que hay que dar caza sea como sea, y en el lugar que sea.

—Ya se han cursado órdenes para ello. Su actuación está lo bastante clara para que no haya lugar a errores.

Geyer tendió la mano a Wolf, que se la estrechó con afecto.

—Venceremos a pesar de todo. Antes de irme a casa, iré a ver a Don Pocatello.

—¡Cuidado, Clayton Wolf! Burton Omaha ha presentado una queja contra usted.

—Ya me lo ha dicho el fiscal. Le he hablado duramente, es cierto, pero no he ido en plan de representante de la Ley, sino en plan personal. Y luego él ha mentido como un sapo inmundo.

—Habré de admitirlo así. De todas formas, vaya con cuidado.

—No dejaré de tenerlo. Me va bastante en ello.

Cuando Clayton Wolf penetró en «Eskymo», uno de los *night-clubs* de Don Pocatello, faltaba animación en él.

«Parece que hoy no hay ambiente. La gente se huele que ha comenzado la lucha entre éste y Omaha y tiene miedo» —murmuró Wolf para sí.

Advirtió una cierta tensión entre algunos de los empleados del establecimiento.

Don Pocatello, joven, moreno, vigoroso, de rostro simpático, aunque se podía advertir en ocasiones en él un gesto cruel, se hallaba sentado a una mesa con la linda May Jobson, la atracción cuyos últimos escandalosos éxitos en Broadway, habían puesto de moda.

El jefe de *gangsters* y propietario del salón, fingió no advertir la presencia del joven agente.

Pero Wolf se encaminó hacia la mesa de Don sin que le preocupase en absoluto la actitud poco amigable de los guardaespaldas del *gángster*.

—Buenas noches, May Jobson. Buenas noches, Don Pocatello.

Fingió entonces Don que advertía la presencia de Wolf y se levantó, aunque sin tenderle la mano.

—¡Buenas noches, Clayton Wolf! ¿Nos hace el honor de visitarnos?

La rubia May, bien de curvas, no sobrada de ropa, sugestiva, tendió su diestra al agente, sonriéndole con sinceridad.

—¡Hola, Clay! ¡Es usted caro de ver!

—La vida no es fácil para mí y estos lugares no están al alcance de mi bolsillo.

Pocatello, fanfarrón, se apresuró a decir:

—Aquí puede venir cuando guste. Será un placer para la casa invitarle.

—Muchas gracias, Don. No me importa ser invitado una vez o invitar yo, pero no lo admito como sistema.

—Como guste…

—Wolf es de los puros —expresó May—. Y es lo que más me gusta de él.

—Eso significa que te gustan también otras cosas, ¿no es así, May? —preguntó Don tratando de ocultar su desagrado.

—Sí. Pero cambiemos de conversación. Yo no le agrado a Wolf y no quiero obligarlo a que me tenga que decir alguna lisonja.

Antes de que Wolf pudiese hablar, May lo atajó con el gesto.

—¡No, por favor! Ahora menos, porque resultaría demasiado obligado.

—¿Se sienta con nosotros? —preguntó Don.

—Wolf desea hablar contigo, Don. Y quiere hacerlo sin testigos.

—Es usted muy discreta, May.

Don preguntó:

—¿Es visita oficial o particular?

—Particular, Don. No estoy autorizado para otra cosa.

—¿Vamos a mi despacho?

—¿Y por qué no?

Don se dirigió a May:

—¿Nos perdonarás un momento, encanto? Estoy seguro de que el amigo Clayton Wolf va a ser muy breve.

—Acierta, Don. Estoy cansado y me queda alguna visita que hacer aún.

—Pues tenga la bondad de seguirme.

Don echó a andar delante, Wolf se despidió de May y siguió al primero, detrás del cual se desplazaron sus guardaespaldas.

Pero el *gángster* se volvió para decirles:

—No es necesaria vuestra compañía. Clayton Wolf es un buen amigo…

Subieron una amplia escalera de mármol, en el rellano segundo de la cual abrió Don, con llave, una puertecilla, cediéndole el paso a Wolf para que entrase primero.

Cerró por dentro y designó un sillón a Wolf.

—Ahí estará cómodo.

A continuación fue a un mueble-bar, el cual abrió:

—¿Se sirve personalmente o le sirvo?

—Gracias, Don, pero la verdad es que no tengo gana de nada.

—Como quiera. Le aseguro que no está envenenado.

—Lo supongo. Usted ha sido siempre un chico bastante sensato.

—Ese elogio en su boca tiene mucha importancia.

—Puede tenerla. Por ejemplo, esta tarde llegué a pensar que lo de Hummers había partido de aquí. Pero me equivoqué.

—Sí, se equivocó. Le aseguro que no sé nada de ese asunto.

—Omaha me dijo lo mismo y, sin embargo, estoy seguro de que mintió.

—Omaha es un cerdo inmundo…

—Comprendo que esté resentido con él. Según tengo entendido Martha Hollen era una buena amiga suya.

—¿Martha Hollen? Venía alguna vez por aquí, pero no demasiado. He sentido su muerte porque era simpática, sabía atraer a la gente.

—Es cierto. Tenía sus defectillos, pero se los sabía hacer perdonar. Y es de las que no perdió la dignidad dentro de su trabajo.

Don se sintió desconcertado.

Y Wolf agregó:

—Me explicaré. Ella trabajaba entre personas mayores, responsables de sus actos. No quería nada con gente joven…

El *gángster* preguntó con expresión de ingenuidad:

—¿Es cierto lo que he oído decir de ella?

—¿Qué trabajaba con estupefacientes? Sí. Pero sabía cómo y con quién podía trabajar; no como esos sapos que por una miserable ganancia estropean a la juventud.

Don se encogió de hombros.

—Supongo que no habrá venido a hablarme de Martha Hollen.

—He venido a hablarle de Tom Perkins. ¿Cree que podía tener algo contra Max Hoppins, «el Tigre», y otros amigos que iban con él?

—¿Cómo quiere que lo sepa yo?

—Max Hoppins era amigo suyo, Don.

—Yo tengo muchos amigos…

—Max se durmió un poco y Tom Perkins y los que iban con él los barrieron de mala manera.

—Es lo que ocurre cuando alguien se descuida.

—Yo hubiese podido evitar la cosa, pero Hoppins corrió demasiado y mi coche no les pudo seguir. Y luego me frenaron a balazos, reventándome un neumático.

Don Pocatello volvió a sentirse desconcertado. Esperaba acusaciones concretas por parte de Wolf, pero no la desconcertante forma de producirse del agente federal.

—No ha tenido usted suerte a lo que parece, ¿no es así?

—Ninguna suerte.

—¿Y trata de acusarme a mí de algo?



—¿Y trata de acusarme a mí de algo?

4 — HAMPA

—¡En absoluto! Ya le dije que venía en plan de amigo. Quería que supiese que le considero al margen de lo de Hummers y lo de Martha Hollen.

—Muchas gracias por su amabilidad. No debiera haberse molestado.

—Omaha ha sabido hacer las cosas. Es un viejo zorro y nos ha sorprendido…

Wolf no había concretado adrede.

Don estuvo a punto de responder aceptando el anzuelo que le tendía el agente del F.B.I.; pero al fin decidió callar.

Y a Wolf no le cupo más que ponerse en pie, en plan de despedirse.

—Pues sí. Omaha se ha traído gente de fuera para su trabajo. Pero procuraré que alguno de ellos se quedé aquí. Sobre todo, ese Tom Perkins. Lo considero como mío.

—Si sé algo de él, se lo diré. ¿Era eso lo que quería de mí?

—Me agradaría tener noticias de él. Estoy seguro de que el material que le arrancaron a Hoppins no bajará del medio millón de dólares…

—Es muy posible. Pero esas cosas pueden costar caras, muy caras. Porque, ¿qué significa medio millón, ni un millón, cuando se trata de la piel?

—Tiene razón, Don. Cuando uno se deja la piel, todo lo demás está de sobra. En fin, no le molesto más. Espero sus noticias.

—Tan pronto sepa algo, comunicaré con usted. Le llamaré a su casa particular, siempre es mejor.

—Dentro de un par de horas estaré en ella.

—Pues hasta entonces.

—Hasta entonces…

Don Pocatello abrió la puertecilla y volvió a ceder el paso a Wolf, al cual acompañó hasta cerca de la puerta del establecimiento.

Cuando Wolf estuvo fuera, Don fue apresuradamente hacia donde le aguardaba uno de sus hombres de confianza.

—Hay que actuar rápidamente, antes de que nos estropeen el asunto. No sé qué es lo que puede saber este sabueso, pero no hay duda de que sabe más de lo que nos puede interesar a todos.

—¿Terminamos con él?

—No es el momento más propicio para ello. Si Burton Omaha no fuese un cerdo, habría sido la gran ocasión. Pero no podemos luchar al mismo tiempo contra todos. Tenemos que librarnos primero de Omaha.

—De acuerdo. Estará todo dispuesto al momento.

Don Pocatello consultó su reloj de pulsera.

—Omaha debe estar ya en «Aurora Azul». No creo que Charlie tarde en avisar.

Poco después, Wolf Clayton, por su parte, entró en un café y se dispuso a telefonear.

Marcó el número de la casa particular de Geyer.

—Don y yo nos hemos separados la mar de amigos.

—Lo celebro. No quiero jaleos. Aunque cuando le llegue su hora, le daremos lo que sea menester.

—Ahora me voy a «Aurora Azul», el *nigth club* más importante de Omaha, ya sabe.

—¿Qué idea se le ha metido en la cabeza?

—Pretendo hacer las paces con él. He sacado la impresión de que va a suceder allí algo gordo y si le echo una mano, siempre lo agradecerá.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Uno no se resigna a dejar sin venganza a buenos amigos como Hoppins y «el Tigre». Sería quedar desacreditado con los suyos. Y tampoco es fácil perdonar que le hayan birlado a uno un cargamento que muy bien puede valer medio millón…

—Entiendo. Estoy cansado, pero creo que va a ser cosa de estar por allí a ver qué pasa.

—Pero mucha discreción. El simple vuelo de una mosca, puede espantar la caza.

—No hay duda. Habrá toda la discreción que sea necesaria. Hasta pronto y cuídese. No haga locuras.

CAPÍTULO VIII

Consideró Wolf que no iba vestido de forma adecuada para presentarse en un lugar como «Aurora Azul», el elegante *nigth club*, y pasó por su casa para ducharse y cambiarse de ropa.

Se sintió remozado cuando volvió a pisar la calle, pletórico de energías.

Tomó un taxi a cuyo chofer pidió:

—Lléveme a la calle 52 Oeste, al «Aurora Azul».

—Lo conozco perfectamente.

Una vez en el taxi, camino del carísimo y lujoso *nigth club*, en la mente de Wolf apareció la imagen de Anne O'Brien.

Pero en aquella ocasión no le produjo ninguna sensación desagradable, ningún dolor moral como le había sucedido hasta entonces.

—Quedó definitivamente fuera de mi vida y ha sido Lya Wren quien ha realizado el milagro.

Imaginó la sorpresa de Anne cuando le viese entrar en el lujoso establecimiento.

Y a continuación pasó a evocar a Lya, la linda y sugestiva pelirroja que con toda seguridad estaría durmiendo.

—O tal vez esté escribiendo las impresiones de este día…

Cuando el automóvil le dejó en la puerta del *night, club,* sin hacer frío, había refrescado la noche, haciéndole experimentar una agradable sensación.

—Es un tiempo que invita a la acción, al movimiento… —murmuró el joven para sí.

Un portero acudió a abrir la portezuela del taxi y se inclinó ligera y ceremoniosamente al pasar Wolf ante él.

Apenas entró en el establecimiento, distinguió a Anne O'Brien, que le dirigió una mirada fugaz donde destellaba un fondo apasionado.

Vestía la joven un traje de noche, oscuro, muy escotado y que le ceñía sus formas maravillosas. Iba bastante enjoyada, pero faltaba alegría en su rostro.

Sabía Clayton que en parte era él la causa de aquella falta de alegría, pero semejante idea no le envaneció, sino que le hizo murmurar:

—Ella tuvo la culpa. Si me hubiese esperado, yo habría luchado en todos los terrenos para hacerla feliz.

Percibió la sensación de que alguien le miraba de forma insistente y se volvió sin apresuramiento.

Y lo que vio le hizo perder casi la respiración.

Lo primero de todo fue una cabellera roja y rizada y unos ojos claros, grandes, hermosos, que le miraban sonrientes, burlones, reflejando la felicidad de su dueña.

Una mano fina, de dedos ágiles y uñas laqueadas en rojo, le saludó llamándolo.

—¡Lya! —exclamó él.

Avanzó hacia la mesa donde estaba ella.

—¡Ahora mismo te vas a largar a casa!

—¡Cuidado, joven! Soy mayor, puedo estar aquí y si me molesta, llamaré a un guardia.

—Si tuvieses idea de lo que se puede producir aquí de un momento a otro, no estarías tan tranquila.

—¿Por qué crees que he venido? Necesito ambientarme…

—¿Vas a escribir algo de guerra?

—Ya sabes lo que quiero escribir.

—Lo que se va a producir aquí va a ser una verdadera batalla.

—Es lo que he pensado. Me he enterado de lo que les ha sucedido a unos amigos de Don Pocatello.

Lya Wren vestía un discreto traje de noche que realzaba sus encantos, atrayendo las miradas de los hombres en plan de admiración y de las mujeres con expresión de curiosidad o envidia.

La joven se mostraba desenvuelta, tal que si hubiese frecuentado el ambiente del *nigth club*. Sacó su pitillera de oro y ofreció un cigarrillo a Wolf.

—¿No te sientas? Fuma, y no me mires como una chiquilla que está haciendo una travesura.

—Si solamente fuese una travesura, me daría por satisfecho.

—Vienes muy elegante. Supongo que bailaremos, ¿no es eso?

—Tal vez más de lo que pudiésemos desear.

—Si lo sabes, ¿por qué no lo evitáis?

—¿Cómo crees que se puede hacer? Es una idea que tengo; imagino que se habrán tomado precauciones, pero podemos ir más lejos…

Wolf se sintió vencido por la desenvoltura y la obstinación de Lya y hubo de resignarse, tomando asiento y encendiendo el cigarrillo que ella le había ofrecido.

La joven señaló con la mirada hacia donde estaban Anne O'Brien y Burton Omaha con algunos amigos.

—¿Aquélla es Anne? No cesa de mirar para aquí desde que has entrado.

—Sí. ¿Es que conoces también tú la historia?

—Casi desde que era una chiquilla —expresó con cierta malicia —. No le alabo el gusto, ni puedo comprender cómo pudo hacer una cosa así.

—Tal vez pensó que me hacía un bien.

—Puede, aunque no lo creo. Es más seguro que pensase que se lo hacía a sí misma. Ahora sabe que se ha equivocado.

—Tal vez lo sepa.

—Seguro.

—Como sea, llega tarde…

—¿Burton Omaha lo sabe?

—Sí.

—Mira hacia aquí también. Quiere mostrarse seguro, pero parece inquieto.

—No es por nosotros. Teme otra cosa y tiene motivos para ello…

—¿Por qué no me cuentas lo que ha sucedido?

—¿No prefieres ambientarte?

—Necesito saber también, y no por eso dejaré de saturarme de ambiente.

—Es preferible que bailemos. Tengo ganas de sentirte cerca de mí.

—¿Lo dices de verdad?

—¿Es que lo dudas?

—Pienso que intentas protegerme. Estoy segura de que vamos a bailar por cerca de una de esas hermosas columnas…

No respondió Clay, quien se levantó dispuesto a bailar.

Lya le imitó y poco después danzaban al compás de la música, seguidos por la mirada de Anne O'Brien.

Burton Omaha habló irónico a Anne:

—Si te duele algo, puedes regresar a casa. El coche te llevará en un momento.

—Gracias por tu bondad. Pero yo no soy de las que huyen…

—Me parece magnífico…

Uno de los empleados de Omaha se acercó para hablarle al oído.

Y el poderoso *gángster*, se levantó, invitando a los amigos que estaban con él:

—¿Vamos? La sala está dispuesta y ya han llegado algunos amigos…

Se levantaron, dirigiéndose hacia la escalinata de mármol que conducía al primer piso.

Una vez en el amplio rellano, antes de penetrar en la sala de juego reservada a determinados amigos y clientes, Omaha se sintió pletórico de optimismo y contempló a la gente que se hallaba en la sala; y dedicó otra mirada a los adornos de la misma, que la convertían en una de las más elegantes en su género.

Por un momento se sintió como un rey en un trono y en su interior se burló de Pocatello que aquel mismo día le había proporcionado más de medio millón de dólares…

Anne O'Brien dirigió también su mirada a la sala, pero fue a centrarse sobre la pareja que formaban Lya y Clayton Wolf. Y en su mirada se reflejó amargura y despecho.

De improviso, la puerta de acceso al local se abrió violentamente y el portero uniformado que intentó oponerse a la entrada de unos hombres, rodó con la cabeza abierta por un golpe propinado por un desconocido con la culata de un pesado «Colt».

Siguiendo al del «Colt», penetraron otros cuatro hombres; iban tocados todos ellos con sombreros de fieltro cuya parte delantera del ala les caía sobre los ojos.

Vestidos de negro, los cinco llevaban el cuello de la americana subido, escondiendo de tal forma una buena parte del rostro.

El jefe del grupo, con un «Colt» en cada mano, dejó paso a los cuatro que le seguían, permaneciendo él a retaguardia en actitud expectante.

Una vez situados los cuatro hombres en primera fila, aparecieron en sus manos sendas ametralladoras ligeras «Thompson» que, apenas hubieron asomado, comenzaron a disparar, haciendo enmudecer a la orquestina con su rápido tableteo.

Se conducían los hombres con precisión y, en segundos, hicieron volar, materialmente hechas trizas, las tres grandes arañas de bronce y cristal y el resto de las luces que, con profusión, iluminaban el local.

Se oyeron gritos de angustia de las mujeres, ruidos de mesas y sillas al ser derribados y el de los cuerpos al chocar contra el suelo, buscando en él una relativa seguridad.

Burton Omaha, con los ojos desorbitados por la ira, vio en su impotencia cómo se producía el terrible destrozo.

Al fin reaccionó y empujó a Anne hacia la sala de juego cuya puerta habían abierto.

Multitud de pequeños cristales, trozos de mármol y de yeso, saltaban a un lado y a otro.

Echó mano a su «German Luger», buscó la protección de una columna y gritó:

—¡Rod! ¡Humphrey! ¡Max! ¡Que no salga un tipo de ésos con vida!

Hizo fuego poniendo en ello una furia desatada. Percibió el rebotar de los proyectiles en torno a él y al fin sintió un choque en su propia carne.

Pensó entonces en que no había sido cauto y que el medio millón que había arrebatado a Pocatello lo iba a pagar caro.

Las grandes lunas y los ricos mármoles iban siendo sistemáticamente destrozados mientras que el pánico en el salón iba en aumento al advertir que los proyectiles zumbaban más bajos por momentos.

El fuego se concentró entonces sobre la amplia escalinata, donde se habían reunido Burton Omaha y los suyos.

Cuatro cuerpos, uno tras otro, rodaron de escalón en escalón con movimientos deshechos.

Sucedía todo con espantosa rapidez.

Wolf, que vigilaba la puerta, al advertir la primera violencia del hombre de los «Colt» contra el portero, tiró de Lya, arrastrándola

hasta una de las gruesas columnas que se hallaban al límite de la pista de baile.

La apretó contra ella, manteniéndola sujeta con una mano y sacó su pistola con la otra.

—¡Quieta aquí! —ordenó.

—¡No te vayas! —exclamó ella.

—¿No te diviertes ahora?

La pistola de Wolf comenzó a escupir proyectiles, atrayendo la atención del hombre de los «Colt», que centró sus disparos sobre él.

Rebotaron los proyectiles en la columna.

Wolf, cuyos primeros proyectiles salieron altos por, miedo a herir a nadie del público, una vez vio la sala medio despejada, tiró a dar.

Y el primero que resultó alcanzado fue el hombre de los «Colt», que dejó escapar sus armas, cayendo de bruces.

Una de las ametralladoras se dedicó entonces a Wolf, quien devolvió menos disparos, pero con más puntería y el *gángster* fue barrido.

Penetraron dos *gangsters* más, que se apresuraron a retirar a sus compañeros caídos.

Burton Omaha, al advertir que alguien le ayudaba en la sala, se sintió animado de nuevo y gritó espoleando a los suyos.

—¡Max! ¡Higgins! ¡Duro con ellos…!

Uno de los ametralladores gritó entonces:

—¡Esto para ti, Burton Omaha! ¡Con saludos de Max Hoppins desde el otro mundo!

La voz de Surten Omaha se quebró y su cuerpo, alcanzado por varios proyectiles, rodó tres o cuatro escalones hasta quedar tendido, tras dejar escapar su ya inútil «German Luger».

Consumada la destrucción, los tres supervivientes del grupo de ataque se dispusieron a salir.

Pero entonces se vieron frenados por otros compañeros que llegaban de la calle acosados por la policía, de la que se defendían disparando ráfagas con sus ametralladoras ligeras.

Aquel movimiento produjo no poca confusión.

Lya, que se disponía a abandonar su escondite, fue detenida por Wolf, que volvió a sujetarla.

—¡Quieta! ¡Esto no ha terminado!

Cambió rápidamente el cargador a su pistola y volvió a hacer frente a los *gangsters* que trataban de abrirse paso para huir por la puerta de escape que daba a la Octava Avenida.

La gente de Omaha se había rehecho, y les hizo frente, así como Wolf, que aguantó impávido el ataque de dos de los *gangsters*, a los que abatió a balazos.

En el local apenas si habían quedado dos luces, insuficientes, pero que se vieron reforzadas por los focos de los automóviles de la policía cuyos rayos luminosos penetraron por puertas y ventanas.

Sonaron los últimos disparos al ser abatido el último de los atacantes.

Se oyeron en el exterior las sirenas de los autos policiales y una voz se impuso a todos los ruidos:

—¡Que nadie se mueva! ¡La policía domina la situación! ¡Calma!

Wolf, empuñando la pistola en la diestra, cogió con la izquierda a Lya.

—¡Vamos, muñeca! ¡Esto se ha terminado! Te habrás saturado de ambiente y de acción, ¿no es eso?

—Sííí…

—¡Observa esos rostros pálidos por el miedo, esos ojos que parece van a saltar de sus órbitas! Esta gente no se quedaría aquí ahora ni por una fortuna.

—He visto caer a Omaha…

—Y yo también. Pero fue una caída más de efecto que otra cosa. Se dio cuenta de que iban a por él y se dejó caer para que lo olvidasen…

El dueño de «Aurora Azul», aunque alcanzado por varios proyectiles, se incorporaba trabajosamente y trataba de aferrarse a la barandilla de la escalinata, para levantarse.

Anne O'Brien, acudía rápidamente en su auxilio.

Clayton Wolf se encontró en la puerta del establecimiento con el intendente Geyer y con Singer.

—Por favor, Singer, encárgate de esta jovencita y déjala en un taxi, que la lleve a su casa. ¡Que no te vuelva a ver esta noche, Lya Wren! —amenazó Wolf como podría hacerlo un hermano mayor.

Se llevó Singer a la muchacha, que le siguió dócilmente.

Geyer se dirigió a Wolf:

—¿Cómo ha ido todo por ahí dentro?

—Lo han destrozado todo. Omaha está herido y varios de los suyos han caído. ¿Han cogido algunos de los asaltantes vivos?

—Sí. Tres de los que les guardaban las espaldas fuera. No se dieron cuenta de nuestra llegada hasta que los tuvimos encima.

—Con los otros hubo que terminar. Estaban como perros rabiosos —informó Wolf.

—¿Muchos heridos por aquí?

—No creo. Algún pisotón, algún golpe… Me refiero al público. La gente de Pocatello venía a destrozar esto y a por Omaha y su gente. ¿Quiere que veamos a Omaha?

—Vamos. Pero sea discreto, Wolf.

—Sí, señor. Seré todo lo discreto que se puede ser con un personaje siniestro como ése.

Se abrieron paso los dos hombres y subieron la escalinata de mármol, llegando hasta Omaha, al cual metían en aquel momento en la sala de juego.

El *gángster* se dirigió a los que se desvivían por atenderle.

—Preocupaos por los muchachos. Están más graves que yo, los que no hayan muerto. Que vengan las ambulancias que sean necesarias…

—De eso se está preocupando ya la policía —dijo Geyer.

—¿Es usted, señor Geyer? —preguntó Omaha volviéndose hacia él.

Fingió no ver a Wolf y agregó:

—Uno de sus hombres se ha portado magníficamente defendiéndonos de esos malditos pistoleros.

Wolf se adelantó y dijo:

—Era mi obligación hacerlo, aunque estoy convencido de que es usted un bandido que merece lo que le ha pasado y algo más.

—¡Eso es un poco duro, Clayton Wolf!

—Algún día haré que lo sienten en el banquillo de los acusados, Burton Omaha. No estaba muy lejos, en las primeras horas de esta noche, cuando gente de la que se ha traído usted, destrozaban a Max Hoppins y a los que iban con él.

Las facciones del *gángster* endurecieron su expresión.

—¡Preferiría que se largase de aquí, Wolf!

—No crea que me agrada estar a su lado. Pero quería decirle eso. Y también quería darle un recado para Tom Perkins: Que la

próxima vez no se me irá de entre las manos.

—¡Váyase al diablo! ¡No sé de qué me está hablando!

—Ya lo sabrá. Y no le valdrán sus habilidades, sus amigos, su influencia ni su dinero.

Burton Omaha tuvo en la boca un exabrupto, pero, le contuvo la presencia del intendente Geyer.

Anne O'Brien llegó en aquel momento acompañada de un médico y Wolf aprovechó para despedirse.

Detrás de Geyer habían subido dos agentes, que se quedaron con él.

Burton Omaha expresó dirigiéndose al intendente:

—Wolf me odia.

—No juegue con eso, Burton Omaha. Wolf no se saldrá del cumplimiento de la Ley. Y si le persigue es porque está convencido de que usted delinque. Y puede estar usted seguro de que lo llevará al banquillo de los acusados con pruebas suficientes.

—¡El diablo cargue con él!

—Ha sido una pena que cayesen todos los que atentaron contra él. Porque ya sabe usted, Omaha: Por el hilo se saca el ovillo y ellos hubiesen podido ser ese hilo.

Geyer, sin despedirse, volvió la espalda al *gángster* y marchó seguido por los dos agentes.

CAPÍTULO IX

Clayton Wolf decidió que debía aprovechar el desorden existente en el establecimiento de Burton Omaha para hacer un registro en el sótano del mismo.

Por un registro que había hecho no hacía mucho en un establecimiento similar, en el mismo edificio, tenía una idea de la distribución de los diversos departamentos; y después de sortear la entrada de la cocina y de la bodega, donde había un encargado, llegó hasta un lugar que servía de dormitorio a dos hombres que permanecían de guardia en el establecimiento en las horas que éste permanecía cerrado.

No le fue difícil encontrar una trampa en el suelo, trampa que se hallaba dispuesta de una forma semejante en el otro establecimiento.

Y descendió por una escalera, cerrando la trampa encima de su cabeza.

Al final de la escalera se encontró en un garaje.

En el garaje se hallaban dos coches, magníficos ambos.

Wolf dirigió su mirada hacia la subida en rampa por la que tenía el garaje su salida a la calle.

—Demasiado silencio. ¿Me habré equivocado?

Caminó hacia el fondo del garaje, donde la pareció distinguir una puertecilla.

A mitad de camino percibió un crujido por la parte de la trampa y se volvió a tiempo que sacaba la pistola.

Y alguien saltó entonces, le asestó un duro golpe con el canto de la mano en la muñeca y le obligó a soltar el arma.

Antes de que se pudiera reponer, Tom Perkins apareció delante de él y le golpeó a derecha e izquierda, colocándole en franca inferioridad con sus precisos y duros golpes.

Cuando lo tuvo dominado, lo encañonó con una pistola.

—¡Estate quieto o te clavo!

Clay, pese al aturdimiento experimentado, respondió:

—No lo harás. Hay demasiada policía en los alrededores y oirían el ruido de los disparos.

Señaló hacia la puerta del garaje y dijo:

—Y eso significaría tu muerte.

—¡Mucho me importaría morir si te llevara a ti por delante! ¿Has visto alguna vez que le haya temido a la muerte?

—Naturalmente que le temes. Estás loco y eres un sinvergüenza rematado. Y eso te obliga a aparecer como valiente. Pero estoy convencido de que eres un cobarde…

—¡Sabes que no es así, y te lo voy a demostrar!

—¿Cómo?

—Matándote. Y luego, que venga la policía, ¡toda la policía que quiera! Pasaré por encima de ella.

Señaló para los coches.

—Ya sabes que al volante soy alguien…

—Las carreteras están vigiladas y en todas se busca a Tom Perkins…

El *gángster* expresó con voz bronca:

—El hombre que silba, ¿no es eso? ¡Eres muy listo!

—No voy mal a lo que parece.

—Te ayudaría también esa chica. Fue alumna mía. También ella lo pagará.

—No podrás salir de aquí, Tom Perkins…

—Eso ya lo veremos. El hombre que silba… Cuando estuviste en el bar, lo sabías ya y quisiste asegurarte…

—Sí, ¿para qué mentir?

—Pues te engañaste. No era yo quien iba al volante cuando lo de Hummers. Era un discípulo mío, que silbaba también. Lo aprendió de mí, como esa chica pelirroja.

—A pesar de eso, temo que lo pagarás tú…

—Él lo pagó ya. Lo despaché para que aprendiese a no imitarme y le puse mi documentación. Pero entre tú y esa chica volvisteis a localizarme…

—Ya te he dicho que no podrás escapar…

—Sí escaparé…

El rostro de Tom Perkins expresó alarma y su mirada se dirigió

hacia el paso del interior al garaje.

Clayton Wolf se dispuso a saltar.

Una voz femenina se dejó oír conminatoria:

—¡Quietos los dos! ¡Tú, Wolf! ¡Quieto he dicho o te dejo seco!

Anne O'Brien se dejó ver empuñando un ametrallador, con el que encañonó a los dos hombres.

Tom sonrió:

—¡Hola, Anne! Este tipo estorba… Hay que despacharlo.

—Eso es cosa mía. Y nada de confianzas, Tom Perkins. Deje esa pistola.

—Pero…

—He dicho que deje esa pistola. ¡Vivo o lo acribillo!

Tom Perkins no podía imaginar lo que sucedía entre Anne y Wolf y por tanto, le extrañó la actitud de ésta. Pero comprendió que la cosa iba en serio.

A pesar de ello dijo, mientras dejaba el arma, procurando que quedase al alcance de su mano:

—¿Es que se ha vuelto loca, Anne? Es un enemigo de Burton, suyo, mío… Hay que suprimirlo sin ruido y ver cómo le sacamos luego…

—Ya le he dicho que es cosa mía. No se meta en esto porque puede salir perdiendo tanto como él.

—¡El diablo que las entienda!

Anne, sin hacer caso de Perkins, se dirigió a Wolf:

—¿Es esa chica rubia la que ha hecho que me olvides?

—No te he olvidado, Anne. Te desprecio. Y fuiste tú quien lo hizo, no tienes que culpar a nadie.

—Pero ahora la quieres a ella o, por lo menos, te gusta.

—Eso es cosa mía.

—Y mía. Porque antes de que seas de otra, te mataré. Ahora te tengo en mis manos.

Hablaba con voz bronca y acento apasionado que hubiese causado lástima a Wolf de no tener éste el convencimiento de que se hallaba en un momento de verdadero peligro.

—Creo que Perkins tiene razón, Anne. Estás loca…

—No sé si estoy loca o no; pero vas a morir.

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer que matarme?

—¡No bromees! Hoy he sabido que te quiero como nunca y la

idea de que puedas ser de otra, se me hace insoportable.

—También lo podías haber pensado antes… En fin, si tiene que ser así, dispara. Pero ya que me quitas a mí de delante, zúrrale también a Tom Perkins. Vas a pagar lo mismo y Tom es un bicho que no tiene derecho a la vida.

—Ya lo sé…

La ametralladora ligera pareció temblar en manos de Anne, que tan pronto apuntaba para uno como para otro.

—Ya que estás decidida a terminar conmigo, dame el gusto de ver rodar a Tom Perkins —volvió a pedir. Wolf, mirando al *gángster* de reojo.

Mientras Wolf conservaba su tranquilidad, el dominio de sus nervios, Tom comenzaba a sudar, sentía que tenía la garganta reseca y se veía imposibilitado para dominar sus nervios.

Wolf, deseoso de ganar tiempo, dijo burlón:

—No hace mucho le decía que era un cobarde. Ahí lo tienes. Sólo tiene valor cuando va al volante, porque sabe que lo domina, y cuando es él quien lleva la ventaja. Le falta poco para que se arrodille y pida clemencia…

—No lo verán tus ojos… —murmuró Tom esperando que se produjese un descuido para recoger su arma.

—Vamos, Tom, arrodíllate. Puede que ella se compadezca. Ahí donde la ves es una buena chica y una infeliz. Lo malo es que se ha vuelto loca…

—¡Cállate…! ¡Cállate o…! —exclamó Anne.

La ráfaga parecía inminente y Tom Perkins estuvo a punto de arrodillarse esperando conmover a Anne.

—Yo no tengo nada que ver con vuestras cosas, Anne. Quiero largarme de aquí cuanto antes… Haz de él lo que quieras, pero a mi déjame tranquilo…

—¡Cállate tú también!

Se produjo un leve ruido detrás de Anne, apareciendo a sus espaldas la fina silueta de Lya Wren que mantenía firmemente en sus manos una pistola.

Anne adivinó el peligro y se volvió como un rayo dispuesta a sorprender a quien fuese.

Y Clayton, que vio en peligro a la inexperta y atrevida Lya, saltó como un tigre, cayendo sobre Anne antes de que ésta pudiese

disparar.

Rodaron violentamente al suelo y un seco golpe de Clayton, aplicado con el canto de la mano, le obligó a soltar el arma, de la cual se apoderó el agente.

Y giró rápidamente, encañonando con ella a Tom Perkins antes de que éste pudiese empuñar la pistola que Anne le había hecho dejar.

—¡Quieto!

La orden sonó como un disparo, inmovilizando a Perkins que sabía demasiado lo que seguiría.

—Quieto o te dejo como una criba… Parece que ha variado la situación de manera fundamental.

Anne O'Brien intentó revolverse contra Clay al percibir que éste le había arrebatado el arma.

Pero Lya, al ver que Tom Perkins quedaba dominado, se preocupó de la antigua novia de Wolf, a la que sujetó del pelo mientras le apoyaba el cañón de la pistola en la espalda.

—Se va a estar quietecita o lo va a sentir.

—¡Suelte o…!

Enloquecida por las pasiones que vivían en ella y por el fracaso de lo que había planeado, sin temor a la muerte, se revolvió como una furia, intentando desarmar de un zarpazo a Lya.

Ésta esquivó el zarpazo, tiró del pelo violentamente a continuación y, cuando la tuvo medio dominada, le asestó un golpe con la pistola, que dejó medio aturdida a Anne.

Y antes de que se pudiera reponer volvió a repetir el golpe, derribándola fuera de combate.

—Bien. Creo que esta loca no va a molestamos por el momento.

—Átala. Átala, porque de lo contrario, cuando vuelva en sí, habrá que matarla…

—No te preocupes. Cuida tú de ese sapo —expresó Lya.

—Lya, por favor, cuida el lenguaje.

—Tengo que emplearlo en mi libro cuando hablen tipos como ese Tom Perkins…

—Ahora oirás cómo habla Perkins… Tom, aparta de ahí. Tienes la pistola demasiado cerca y podrías sufrir una tentación.

Obedeció el *gángster*, el cual recibió otra orden:

—Vuélvete de espaldas.

—No irás a asesinarme, digo yo. Lo de antes fue para ver qué decías. Yo no te hubiese matado, quería asustarte solamente…

—Ahorra palabras, cobarde. Vuélvete de espaldas. Unos tiros y acudirán mis compañeros. Diré que trataste de huir después de haber intentado asesinarme y el mundo quedará libre de un indeseable…

—¡No puedes hacer eso con un antiguo camarada…!

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Qué te deje marchar?

—Tampoco. Comprendo que no he actuado bien, pero soy menos culpable de lo que imaginas…

—No mereces ni que te juzguen. Por otra parte, si te entrego, te matarán también… Ya sabes, la silla eléctrica…

—¡No he hecho nada, Clay, te lo aseguro! Y piensa que hemos sido camaradas, que hemos compartido el peligro.

—Es inútil todo eso. Te conozco bien y sé que si ahora te dejo ir, mañana harás otra peor. La gente como tú no tiene arreglo…

—Me iré lejos.

—Es inútil. Yo iba en el coche que os perseguía cuando asesinasteis a la gente de Pocatello. Y ya es hora de terminar con unos y con otros.

—Te daré un buen servicio, Wolf. Te diré dónde está la «mercancía» que les quitamos…

Wolf fingió cierta vacilación y Tom Perkins continuó:

—De lo contrario daréis vueltas y vueltas y no la encontraréis jamás, te lo digo yo, Tom Perkins, que no es capaz de mentir a un camarada.

—¡Maldito embustero!

—Te aseguro que es como te digo. Será un gran triunfo para ti, tal vez un ascenso…

Ante el silencio de Wolf continuó en tono cada vez más amistoso, más confidencial:

—Un hombre no importa nada si se compara con la «mercancía». Si yo caigo, irá otro a mi puesto; y te prometo abandonar. Pero un cargamento es difícil de reponer. Lo que destruyáis, no hará daño…

—Está bien. Veamos eso. Pero no intentes una traición… ¿Está lejos?

—Está aquí mismo, no te hagas de nuevas. Desde que lo traje

que no me he podido mover de esta ratonera maldita…

—Adelante, vamos…

Wolf se dirigió a Lya:

—Quédate ahí vigilando, muñeca; pero no te descuides un momento.

—Descuida…

Tom Perkins avanzó hacia el fondo del garaje, dirigiéndose a un rincón del mismo, ante el cual se detuvo.

—¿Ves algo?

—En absoluto.

—Ya te digo que os volveríais locos y no daríais con el escondite.

Señaló hacia un lugar donde la pared estaba cubierta de polvo, llena de desconchados.

—Es ahí. Esas grietas y el polvo que luego proyectamos contra la pared, disimulan la abertura… Ahora verás.

Se estiró hasta alcanzar una perilla de luz, cubierta de polvo, y cuyo alambre protector hizo girar.

E inmediatamente se abrió una especie de cajón en la pared.

—¿Lo ves?

Señaló alegremente con el dedo.

Wolf alargó la cabeza para ver mejor y Perkins alargó la mano, empuñando una pistola que estaba en un rincón del cajón, sobre la mercancía.

En el rostro del pistolero se reflejó un gesto de salvaje alegría que lo delató.

Y antes de que pudiese emplear el arma, Clayton Wolf lo derribaba de un fuerte golpe en la cabeza, aplicado con la culata de su pistola.

Cayó Perkins de bruces, pero apenas tocó con las manos en el suelo se levantó tal que si fuese de goma.

Y entonces recibió un puntapié en la barbilla que lo derribó boca arriba, fuera de combate.

Clayton vio alineados en el cajón los paquetes de la «mercancía» y se dirigió a Lya:

—Tráete al intendente Geyer contigo. Si está el fiscal por ahí, que venga con él y que traigan testigos. Y si traen con ellos al propio Omaha, mejor que mejor. Así no podrá negar la evidencia.

—¿Qué es eso?

—Supongo que debe ser marihuana.

—¿Y si no fuese?

—He de correr el riesgo de equivocarme. Lo que no quiero es tocar nada. Debe estar todo claro, no aparecer ahí una sola huella mía. Burton Omaha va a tener cárcel para largo.

—¡Eres un tipo estupendo! Antes de alejarme, deja que te premie con un beso. ¡Te lo has ganado!

Los dos jóvenes unieron sus labios…

Anne O'Brien, que había recobrado el conocimiento, se revolvió impotente en el suelo.

CAPÍTULO X

La culpabilidad de Burton Omaha, apoyada en el hecho de que se encontrase el depósito de marihuana, no dejaba lugar a dudas.

Bajo la dirección del fiscal del distrito, se trabajó bien y rápidamente.

Antes de tocar nada, ante testigos, se hicieron fotografías, se tomaron huellas y luego se procedió a la incautación del depósito, que era de marihuana.

Wolf se dirigió a Burton Omaha en tono incisivamente burlón:

—Le hizo usted un gran favor a Don Pocatello arrebatándole la mercancía. Ahora sería él a quien habríamos de detener.

—Ha sido usted muy listo.

—Ya le advertí que lo sentaría a usted en el banquillo de los acusados y con pruebas irrebatibles y suficientes para que no se pudiese burlar la Ley, ni dudar de su culpabilidad.

Tom Perkins había vuelto en sí y se hallaba esposado, vigilado por un policía.

Wolf señaló para él.

—Mi antiguo camarada de lucha ha sido una buena ayuda. El hombre que silba cada vez que al volante realiza una proeza…

Los ojos del aludido parecían despedir chispas.

—No tienes solución, Tom Perkins. Has jugado sucio hasta el último momento. Y como has jugado sucio hasta el último momento, imagino que vas a tener muy poca ayuda.

Burton Omaha y sus hombres fueron detenidos mientras que Anne O'Brien, víctima de un ataque de locura, era internada en un sanatorio psiquiátrico.

Clayton Wolf, después de despedirse de Geyer, tomó un taxi, marchando en él con Lya Wren.

—Eres bastante desobediente, amiguita.

—¿Por qué? —preguntó ella con expresión inocente.

—¡No me hagas hablar! ¡Sabes perfectamente que te mandé para casa y que encargué a Singer que te dejase en un taxi!

—Lo recuerdo perfectamente. Singer cumplió y yo obedecí. Pero luego un impulso irrefrenable me obligó a volver.

—¡Ya!

—Tenía que poner un final adecuado a mi novela y yo sabía que estaba a punto de producirse.

—Pues has estado muy cerca de no poder comenzar siquiera a escribir tu novela.

—Ya lo sé. Pobre Anne, estaba como loca y, de no saltar tú, me hubiese sorprendido… Pero yo contaba contigo.

—¿Y si yo hubiese fallado?

—No podías fallar y, menos, tratándose de mí —dijo con dulce entonación.

—¡Muñeca traviesa!

—Ya no soy una muñeca. Creo que no lo he sido nunca. Me siento mujer, muy mujer, ¿te enteras?

—No tengo más remedio que enterarme. Además, es algo que salta a la vista.

Habló Clayton Wolf en tono humorístico a tiempo que recorría con una mirada los encantos que se adivinaban bajo los vestidos de Lya.

—¡No seas fresco, porque me enfado!

—Me parecería muy bien, sobre todo, después de que te he salvado la vida.

—De acuerdo; pero ¿qué hubiese pasado si no aparezco yo por allí?

Brillaba en la mirada de Lya una expresión triunfante.

Wolf se encogió de hombros con aire de indiferencia.

—No lo sé; pero imagino que hubiese salido adelante de una forma o de otra…

—¡Pretendes arrebatarme méritos…!

—No, querida, no te sulfures. Pero es lo que te digo. Estaba tratando de echar a Anne sobre Tom Perkins y lo estaba consiguiendo. Y apenas le hubiese atacado, habría saltado yo.

—¡Eres muy listo! Te doy por vencedor…

—Debe ser así para que todo vaya en la vida como va ahora…

—Pero no olvides que cuento contigo, que contaré siempre, toda la vida…

Se recostó mimosa contra Clayton y descansó su cabeza sobre el hombro de él.

Antes de que Wolf pudiese protestar, dijo:

—Si te hago cosquillas con mi pelo, te aguantas.

—Estoy dispuesto a resignarme.

—¡No seas ingrato! ¡Debes estar deseando tenerme así!

Y sin aguardar respuesta, continuó:

—¡Estoy cansada, terriblemente cansada, pero satisfecha! Hoy ha sido un gran día para mí, posiblemente el día más destacado de mi vida. Es lamentable que la cosa se haya tenido que iniciar con el accidente de Lou Hummers y la muerte de Martha Hollen…

—¡Pobre Hummers y pobre Martha Hollen! —exclamó Wolf, añadiendo—: ¡Y pobre Lois Carter! No creas que me he olvidado de ella. Mañana te recogeré temprano e iremos a verla.

—¡De acuerdo! ¿Otro capítulo para mi novela?

—¿Y por qué no? Y puede que sea de los más interesantes, aunque no habrá ruido apenas.

Habían llegado ante la casa de Lya.

Abandonaron el taxi, al cual despidió Wolf.

—¿Es que no estás cansado? ¿Aún piensas hacer algo?

—No. Pero quiero regresar a pie a casa. Me agrada sentir el fresco en las mejillas, me gusta soñar mientras paseo…

Habían subido los cuatro escalones que conducían a la puerta de la casa de Lya.

Wolf tomó las llaves de mano de ella y abrió.

—Hasta mañana, querida.

—Hasta mañana, Clay.

Antes de que ella se separase la atrajo hacia sí y la besó ardientemente, sintiéndose correspondido.

Luego ella se alejó corriendo, sintiéndose íntimamente feliz. Antes de llegar a la escalera, se volvió para enviarle un adiós con la mano.

Y Clay cerró suavemente la puerta de la calle, alejándose despacio en dirección a su casa.

No se había alejado mucho de la casa de Lya, cuando oyó a sus espaldas el zumbido de un motor.

Un automóvil avanzaba vertiginosamente.

Se volvió instintivamente a tiempo de ver que por una de las ventanillas del vehículo asomaban las bocas, de fuego de dos ametralladoras.

Saltó ágilmente hacia una escalera que conducía a un sótano y casi al mismo tiempo, el lugar que ocupaba momentos antes en la acera era barrido por los proyectiles de las dos armas automáticas.

Percibió el zumbido de las balas por encima de su cabeza.

Las vio rebotar furiosas y por verdadero milagro no fue alcanzado por alguno de los rebotes.

Al verse fracasados, frenaron los del automóvil y uno de ellos saltó ágilmente, mientras otro le protegía con el fuego de su arma.

Clayton Wolf comprendió que estaban dispuestos a terminar con él, asomó con decisión por dónde menos lo podían esperar y disparó, moviendo su muñeca en abanico.

Cayó el que había saltado al asfalto, enmudeció la ametralladora del que iba en el automóvil y el chofer intentó marchar a toda velocidad.

Pero un disparo de Wolf reventó uno de los neumáticos, dejando imposibilitado el coche para la huida.

Se oyeron los silbatos de la policía; dos automóviles-patrulla hicieron rápidamente acto de presencia y el «gángster» herido, el chofer y otro que iban en el vehículo, hubieron de entregarse mientras que el hombre que había caído en el asfalto, tras intentar levantarse, caía de bruces, muerto.

Wolf se acercó a él y vio que era el hombre de confianza de Pocatello. El propio Pocatello se hallaba detenido, aunque ileso.

—¿Esas tenemos, Don Pocatello? ¿No habíamos quedado en que éramos amigos? —preguntó Wolf burlón.

—Has sido muy hábil, has sabido jugar conmigo y con Burton Omaha. Y entre los dos habéis sido mi ruina. ¿Te extraña que quiera matarte?

—Tratándose de un criminal de tu calaña, no. En fin, así ha sido todo más fácil, Don Pocatello. Y creo que vamos a poder respirar en la ciudad tranquilamente durante una temporada.

Se oyó un rápido taconeo femenino en la acera y Wolf no necesitó volverse para saber que se trataba de Lya.

La joven atravesó como un meteoro la barrera que formaban los

policías.

—¡Oh, Clay, qué susto más terrible! ¿No te han tocado? ¿Estás vivo?

—Creo que sí. Aquí tienes otro CAPÍTULO para tu novela, es un capítulo sorpresa. ¿Conocías a Don Pocatello?

—Había oído hablar de él.

—Como verás, joven aún, ha logrado fama, una fama un poco triste, pero fama al fin y al cabo. Lo malo para él es que dentro de poco no será más que un número en un presidio. Y procuraré que si sale, salga viejo de allí. Vamos…

Un registro en los locales de Don Pocatello permitió a la policía descubrir un depósito de marihuana.

El registro se llevó a cabo aquella misma noche y los locales quedaron cerrados, siendo detenidos los colaboradores que le quedaban aún al *gángster*.

A la mañana siguiente recogió Clayton las fotografías de los dibujos hechos por los especialistas, siguiendo las descripciones hechas por Lois Carter sobre el hombre que le había suministrado la droga.

No le satisfizo ninguna a Lois y fue llevada al gabinete policial, donde los especialistas, siguiendo sus indicaciones, lograron una reconstrucción de la facciones del agente.

Poco después un grupo de policías fue movilizado por los sectores donde el hombre operaba y dos horas más tarde era detenido y reconocido por Lois Carter, que lo acusó sin vacilación alguna, cada vez más segura de sí misma.

Después de aquella detención y de las que se habían hecho la víspera, las redes de agentes distribuidores de la «mercancía», cayeron también en manos de la policía que tituló a la acción «Operación Ratonera».

Aquello constituyó un triunfo para Clayton Wolf, que fue ascendido.

Y un bien para Lois Carter, que vio su castigo rebajado, saliendo a la calle bajo la responsabilidad de los futuros esposos.

Las dos amigas se abrazaron estrechamente cuando se vieron en casa de Lya.

—¡Pobre mamá, ella lo ha pagado con su vida! Pero gracias a

ella yo estoy libre y, lo que es mejor aún, totalmente curada.

—¿Cómo pudiste caer en lo de la marihuana?

Lois se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Un poco porque lo hacían otros chicos y chicas. Un mucho porque me encontraba sola, descentrada, sin afectos verdaderos.

—Pues ahora nos tienes a nosotros. Tu casa será la nuestra hasta tanto encuentres un hombre que te quiera y te cases. Viviremos con la madre de Clay y así ella tampoco estará sola.

Clayton llegó en aquel momento.

—¿Dispuestas? Singer aguarda abajo. No sé qué diablos de gusanillo le ha picado, pero parece que la vista de cierta personilla le ha turbado un poco.

Guiñó un ojo aludiendo a Lois Carter y añadió:

—Garantizo que Singer es un buen chico, casi tan bueno como yo…

—La verdad es que si no tuvieses abuelita, no habría quien te soportase; y desde que has triunfado en eso, peor aún… Pero no olvides…

—Sí, que te debo parte del triunfo. También me deberás tú a mí, y no poco, cuando salga tu novela. Por cierto, que ya tengo editor…

—¡Eres un cielo! Y ya sé que en la vida tendré que contar siempre contigo.

—Y yo contigo, muñeca…

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 - LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 49 CIUDAD TRUJILLO

ECUADOR: Agencia Selecciones - Aguirre, 717. GUAYAQUIL.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Des Angles International, 408 East, 11St. - New York, 23 N. Y. (Para bolsilibros).

GUATEMALA: Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones 29 Este, núm. 5-61 - PANANA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450. LIMA.

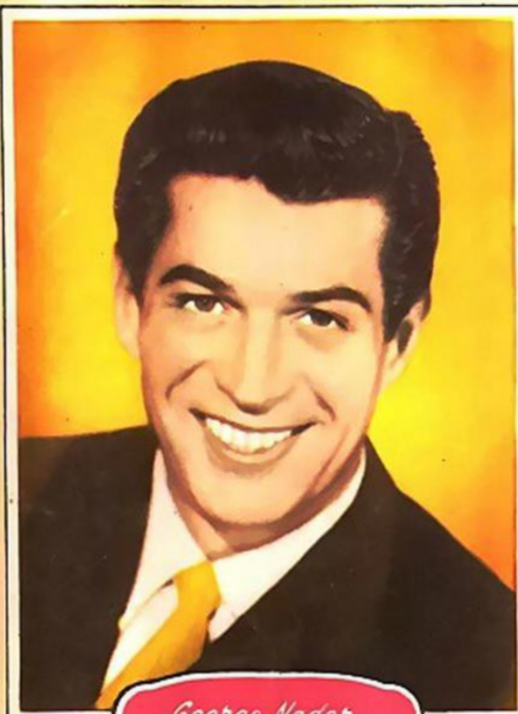
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.268 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 173 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



George Nader

N.º 991 Nacio en Pasadena California), el 18 de octubre de 1921. Es actualmente el soltero mas cotizado de Hollywood. Entre otras ha interpretado: "Proa al sol" y "Lady Godiva"

Foto Universal - International



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 · BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain